

AAARGH REPRINTS

MARZO 2008

AAARGHINTERNATIONAL@HOTMAIL.COM

ROBERT FAURISSON

Escritos revisionistas (1974-1998)

De 1974 a 1983

Edición privada fuera de comercio

In Memoriam

Mandaría la costumbre que encabezaran estos *Escritos revisionistas* mis agradecimientos, sin distinción, a todos aquellos que me brindaron su ayuda en mis investigaciones o en la elaboración de esta obra.

Desacatando dicha costumbre, me abstendré de nombrar aquí a los vivos y sólo nombraré a los muertos.

En un tiempo en que designar a un revisionista por su nombre es de algún modo denunciarlo a la policía del pensamiento o a la jauría de los medios de comunicación, y de ese modo exponerlo al riesgo de que le registren el domicilio, le incauten material, lo dejen sin empleo, lo multen o lo encarcelen, se entenderá que no pueda yo, en consciencia, dedicar la presente obra a ninguno de aquellos ni a ninguna de aquellas que merecerían que les expresara públicamente, en vida, mi gratitud o mi admiración.

Entre la larga cohorte de los muertos que llevan el sello del revisionismo sólo rentendré aquí unos cuantos nombres bajo la invocación de los cuales, durante un cuarto de siglo, viví la aventura del revisionismo histórico y a los que quisiera expresar mi gratitud póstuma : Jean Norton Cru (por la Primera Guerra Mundial), Paul Rassinier, Maurice Bardèche, Louis-Ferdinand Céline, Albert Paraz, Jean Genet* y François Duprat. A esos nombres añadiré, para Francia, los de Jean Beaufret y de Michel de Boüard; para Austria, el de Franz Scheidl ; para Alemania, el de Hellmut Diwald y, para los Estados Unidos, el de James Morgan Read, el primer *historiador* en el mundo que se haya hecho preguntas acerca de la realidad de las pretendidas cámaras de gas nazis, y ello *desde el mes de mayo de 1945*, al mismo tiempo por cierto – pura conjunción de los grandes espíritus - que el inglés George Orwell.

* Le pese a los manes de Jean-Paul Sartre, Jean Genet no creía en el genocidio de los judíos; hasta veía en esto una impostura. Para él, « el pueblo judío [...] hizo que se creyera en el genocidio » y el Estado de Israel tiene el comportamiento de un « demente entre las naciones » (*Cuatro horas en Chatila*; los pasajes censurados por la *Revue d'études palestiniennes* se encuentran en *L'ennemi déclaré*, Paris, Gallimard, 1991, p. 408, n. 30).

También dedico estas páginas al alemán Reinhold Elstner, quien el 25 de abril de 1995 en Munich, se inmoló por el fuego en señal de protesta contra el «Niágara de mentiras» volcado sobre su pueblo; la policía alemana, bajo órdenes, incautó los ramos depositados en el lugar del sacrificio y procedió a la detención de aquellos que, con ese gesto de compasión, daban testimonio de su propio sufrimiento.

A riesgo de que algunos me malentiendan, dedico igualmente este trabajo a aquellos, entre los vencedores ensangrentados de la Segunda Guerra Mundial, quienes, como Churchill, Eisenhower o de Gaulle, se negaron, tanto durante la batalla como después de ésta, a respaldar, siquiera con una palabra, la atroz, la grotesca, la insolente impostura del pretendido genocidio de los judíos y de las pretendidas cámaras de gas nazis.

Deseo por fin que la presente obra pueda inscribirse bajo el signo de una memoria, ya no selectiva y tribal, sino universal, sin exclusividad alguna: *in memoriam omnium*. ¡Ojalá pueda también leerse como un homenaje a los *verdaderos* sufrimientos de *todas* las víctimas de la guerra de 1939-1945, hayan pertenecido las víctimas al bando de los vencedores alabados o al de los vencidos a los que, desde hace cerca de medio siglo, no se deja de humillar y de agraviar!

INTRODUCCIÓN

No es un revisionista el que lo afirma sino un antirevisionista :

« Negador del Holocausto », « revisionista », « negacionista », todos saben lo que significan semejantes reproches. Significan la exclusión de la humanidad civilizada. Quien cae presa de tales sospechas queda aniquilado. Su vida cívica queda destruida, su reputación científica arruinada.

Y añade :

« Habrá que debatir acerca del estado de la opinión pública en un país en el que basta con blandir la tremenda acusación del negacionismo de Auschwitz [literalmente : asestarle el mazazo de la mentira de Auschwitz] para destruir moralmente, en el lapso de un segundo, a un investigador de renombre »².

En contra de la ley

La presente obra no puede ser difundida. La edición es privada y fuera de comercio. Su contenido infringe la ley.

En Francia, está prohibido cuestionar la Shoah.

En aplicación de una ley del 13 de julio de 1990 relativa a la « libertad de prensa », la Shoah, en sus tres hipótesis - el pretendido genocidio de los judíos, las pretendidas cámaras de gas nazis y los pretendidos seis millones de víctimas judías de la Segunda Guerra Mundial - se ha vuelto innegable so pena de encarcelamiento que puede ir desde un mes hasta un año, de una multa de 2.000 a 300.000 francos (300 a 46.000 euros), del pago de daños y perjuicios cuyo importe puede llegar a ser considerable y so pena de otras sanciones más. Concretamente, dicha ley prohíbe *discutir* la existencia de uno o varios « crímenes contra la humanidad » tales como se definieron en 1945 y se castigaron en 1946 por los jueces del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, tribunal instituido exclusivamente por unos vencedores para juzgar exclusivamente a un vencido.

Por cierto, debates y controversias sobre la Shoah - llamada también el « Holocausto » - se siguen autorizando pero dentro del marco fijado por el dogma oficial. Quedan prohibidos controversias o debates que lleven a cuestionar toda o parte de la Shoah o que sencillamente indujeran a duda acerca de la misma. Repitémoslo : en esa materia, hasta la duda se prohíbe y se castiga.

La idea de semejante ley, de inspiración israelí³, había sido formulada, en Francia, por

² Estas palabras son de Karl Schlögel, tomando la defensa de Gábor Tamas Rittersporn acusado por Maxime Leo (« Holocaust-Leugner im Berliner Centre Marc Bloch », *Berliner Zeitung*, 12 de febrero de 1998) de haber brindado su apoyo a la libertad de expresión de Robert Faurisson en 1980. (« Eine Jagdpartie. Wie man einen Wissenschaftler ruiniert », *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de febrero de 1998, p.42).

³ « En julio de 198[6], la Knesset aprobó una ley que prohibía la negación del Genocidio. : “ La difusión por escrito o de forma oral de obras que niegan los actos perpetrados durante el período del régimen nazi - crímenes contra el pueblo judío, crímenes contra la humanidad – así como los comentarios que minimicen la importancia de dichos actos con el objetivo de defender a aquellos que los perpetraron, y el respaldo a los culpables y la

primera vez en 1986 por algunos historiadores de origen judío entre los cuales Pierre Vidal-Naquet, Georges Wellers y François Bédarida, reunidos en torno al gran rabino René-Samuel Sirat⁴. La ley se aprobó en 1990, gracias a las iniciativas de Laurent Fabius, presidente de la Cámara de Diputados, siendo él mismo judío de combate. En la misma época, una violación de sepulturas en el cementerio judío de Carpentras dio lugar a una explotación mediática que paralizó, en los diputados y los senadores de la oposición, las veleidades de resistencia efectiva a la aprobación de esa ley. En París, banderas israelíes ondeando al viento, alrededor de 200.000 manifestantes protestaron contra « el resurgimiento de la bestia inmundada ». La campana mayor de la Catedral de Nuestra Señora hizo oír su voz como para un acontecimiento particularmente trágico o significativo de la historia de Francia. Una vez promulgada la ley en el *Journal officiel de la République française* (Diario Oficial de la República Francesa) (con nombramiento, el mismo día, de Pierre Vidal-Naquet en la orden de la Legión de Honor), el escándalo de Carpentras ya no se evocó más que de cuando en cuando, por no olvidar. Sólo quedó entonces la ley « Fabius-Gayssot ».

Bajo presión de asociaciones judías nacionales e internacionales, otros países adoptaron a su vez, a partir de los modelos francés e israelí, leyes que prohibían cualquier tipo de cuestionamiento de la Shoah. Fue el caso de Alemania, Austria, Bélgica, Suiza, España y Lituania. Otros países más del mundo occidental les prometieron a las organizaciones judías que harían lo mismo, en particular Gran Bretaña y Canadá. Pero, en realidad, semejante ley, de carácter específico, no es indispensable para la cacería del revisionismo histórico. En Francia, al igual que en otros países, la práctica común fue, y sigue siendo a veces, perseguir a los que cuestionan la Shoah en base a otras leyes, por ejemplo aquellas que reprimen, según el caso, el racismo o el antisemitismo, la difamación de personas en vida, el insulto a la memoria de los muertos, la apología del crimen, la propagación de noticias falsas y - fuente de indemnizaciones para los demandantes - el daño y perjuicio a las personas.

En Francia, policías y jueces garantizan con rigor la protección así concedida a una versión oficial de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Según esa versión rabínica, el acontecimiento mayor del conflicto habría sido la Shoah, dicho de otro modo un exterminio físico o un intento de exterminio físico de los judíos que los alemanes habrían perpetrado de 1941-1942 a 1944-1945 (al no contar con ningún documento oficial - obviamente, ya que se trata de una ficción - los historiadores oficiales sólo proponen fechas tan divergentes como aproximadas).

Carácter particular de la presente obra : una crónica revisionista.

Desde 1974 hasta la fecha, me encontré en la obligación de enfrentar tantos combates judiciales que no pude tomarme el tiempo de redactar la exposición demostrativa que cualquiera estaría en derecho de esperar de un universitario que, en el curso de largos años, habrá dedicado sus investigaciones a un solo y único punto de la historia de la Segunda Guerra Mundial : el « Holocausto » o la Shoah.

Año tras año, una avalancha de pleitos, con las más graves consecuencias, vino a

identificación con los mismos se castigarán con cinco años de cárcel.” Una propuesta para incrementar la pena hasta diez años fue rechazada. De ese modo el exterminio de los judíos ya no constituía un tema de investigación histórica ; ese acontecimiento, de alguna manera, se había extraído de la Historia propiamente dicha, y se había vuelto un dogma nacional, protegido por la ley, y gozaba de un estatuto jurídico similar al de la creencia religiosa, más elevado todavía : la pena máxima por « grosería » en contra de la sensibilidad o tradición religiosa - incluso seguramente la negación de la existencia de Dios - es de un año de prisión » (Tom Segev, *Le Septième Million. Les Israéliens et le Génocide*, París, Liana Levi, 1993 (publicado en 1991 en Israel), p. 535).

⁴ *Bulletin quotidien d'informations de l'Agence télégraphique juive*, 2 de junio de 1986, p. 1, 3.

contrariar todos mis proyectos de publicación de este tipo de obra. Además de mis propios pleitos judiciales, tuve que dedicar una extensa parte de mi tiempo a la defensa, ante sus respectivos tribunales, de revisionistas franceses y extranjeros. Hoy todavía, a la hora en que redacto esta introducción, tengo pendientes dos pleitos (uno en los Países Bajos y el otro en Francia) mientras tengo que intervenir de forma directa o indirecta en los pleitos de revisionistas que viven respectivamente en Suiza, en Canadá y en Australia. Por falta de tiempo, tuve que negarles mi ayuda a otros revisionistas, entre otros a dos revisionistas japoneses.

En el mundo entero, la táctica de nuestros adversarios es la misma : demandar ante los tribunales con el fin de paralizar las investigaciones de los revisionistas a falta de obtener que se los condene ora a la cárcel, ora al pago de multas o de daños y perjuicios. Para el condenado, la cárcel tendrá por efecto la suspensión de cualquier actividad revisionista, mientras el pago de multas o de indemnizaciones significará para él la febril búsqueda del dinero, una búsqueda estimulada por las amenazas del tribunal, los « embargos-incautaciones », las « advertencias a terceros detentores » y la congelación de la cuenta bancaria. Desde este simple punto de vista, mi vida, durante este último cuarto de siglo, ha sido difícil ; lo sigue siendo y, al parecer, lo seguirá siendo.

A eso conviene añadir, para agravar la situación, que mi concepción de la investigación jamás ha sido la del universitario o del historiador « de papeles ». Considero indispensable mi presencia en el terreno : ya sea el terreno de la investigación material, ya sea el terreno que ocupa el adversario. No podría hablar de Dachau, de Majdanek, de Auschwitz o de Treblinka sin acudir allí con el fin de interrogar los lugares y a la gente. No podría enterarme de una acción antirevisionista (manifestación, conferencia, coloquio, pleito) sin presenciársela o sin mandar allí a un observador que preparo para su misión ; lo cual no está exento de riesgos pero permite conseguir informaciones de fuentes fidedignas. Suscito un sinnúmero de cartas y de intervenciones. Participo en todos los combates. Para tomar un solo ejemplo, creo poder afirmar que, si la impresionante Conferencia Internacional sobre el « Holocausto » organizada en Oxford en 1988 por el multimillonario Robert Maxwell (llamado « Bob el mentiroso »), según confesó el propio instigador⁵, fracasó miserablemente, fue gracias a una operación que llevé a cabo personalmente en el lugar con la ayuda de una revisionista francesa que no carecía de valor, ni de audacia, ni de ingeniosidad : su sola acción seguramente habrá tenido más eficiencia que varios libros. Pero ¿entenderán los confeccionadores de libros en serie lo que estoy diciendo?

A los días y a las horas así dedicados a la preparación de los pleitos o a esas múltiples acciones puntuales, se habrá de añadir también las horas y los días perdidos en los hospitales para reponerse o de los efectos de un combate extenuante, o de las consecuencias de agresiones físicas llevadas a cabo por milicias judías (en Francia, las milicias armadas están terminantemente prohibidas excepto para la comunidad judía).

Por fin, tuve que inspirar, dirigir o coordinar, en Francia o en el extranjero, múltiples acciones o trabajos de carácter revisionista, apoyar las energías tambaleantes, asegurar un relevo, contestar a los llamamientos, advertir en contra de las provocaciones, los errores, las derivas, y sobre todo luchar contra las complacencias ya que, en algunos revisionistas, es grande la tentación, en semejante combate, de buscar un compromiso con el adversario y hasta a veces de retractarse. Lamentablemente no faltan ejemplos de revisionistas que, agotados por la lucha, cayeron en el arrepentimiento público. No les tiro la piedra. Sé por experiencia que a cualquiera de nosotros lo está acechando el desaliento porque el combate es desigual : nuestros medios son irrisorios y los de nuestros adversarios, inmensos.

Dado que impera la necesidad, la presente obra se reduce por tanto a una selección de

⁵ Véase Robert Maxwell, « J'accuse » [en francés en el texto], *Sunday Mirror*, 17 de julio de 1988, p.2.

notas, artículos, ensayos, prefacios, entrevistas, reseñas que redacté de 1974 a 1998 y que vienen aquí presentados en el orden cronológico de su composición o de su publicación. Quizá al lector le quede de esto la impresión de un conjunto heterogéneo, que padece de muchas repeticiones. Le ruego indulgencia. Por lo menos esta misma diversidad le permitirá seguir día tras día la aventura revisionista en sus vicisitudes. En cuanto a las repeticiones, ocurre a veces que me consuelo de ellas pensando que, al fin y al cabo, tal vez no me haya repetido lo suficiente ya que persisten hoy tantas equivocaciones acerca de la verdadera naturaleza del revisionismo histórico.

EL REVISIONISMO HISTÓRICO

El revisionismo es asunto de método y no una ideología.

Preconiza, para cualquier investigación, la vuelta al punto de partida, el examen al que sigue el reexamen, la relectura y la reescritura, la evaluación a la que sigue la reevaluación, la reorientación, la revisión, la refundición ; es, en su espíritu, lo contrario de la ideología. No niega, sino que apunta a afirmar con mayor exactitud. Los revisionistas no son « negadores » ni « negacionistas » ; se esfuerzan por investigar y encontrar cosas ahí donde, supuestamente, ya no había nada que buscar ni nada que encontrar.

El revisionismo puede ejercerse en cien actividades de la vida cotidiana y en cien ámbitos de la investigación histórica, científica o literaria. No forzosamente pone en tela de juicio ideas ya formadas sino que a menudo lleva a matizarlas. Trata de desenmarañar lo verdadero de lo falso. La historia es, por esencia, revisionista ; la ideología es su enemigo. Dado que la ideología nunca se encuentra tan fuerte como en tiempos de guerra o de conflictos, y dado que fabrica entonces profusión de falsedades para las necesidades de su propaganda, el historiador se verá, en esa circunstancia, obligado a extremar la vigilancia : examinando con lupa lo que se le pudo asestar de « verdades », posiblemente se dé cuenta de que, ahí donde una guerra provocó decenas de millones de víctimas, la primera de las víctimas habrá sido la verdad comprobable : una verdad que se tratará de buscar y de restablecer.

La historia oficial de la Segunda Guerra Mundial contiene un poco de verdad combinada con mucha mentira.

LA HISTORIA OFICIAL : UN POCO DE VERDAD COMBINADA CON MUCHA MENTIRA.

SUS RETROCESOS SUCESIVOS ANTE LOS AVANCES DEL REVISIONISMO HISTÓRICO.

Es exacto que la Alemania nacionalsocialista creó campos de concentración ; lo hizo después - y junto con - muchos otros países, convencidos todos de que dichos campos serían más humanos que la cárcel : Hitler veía en esos campos lo que Napoleón III había creído ver en la creación de las colonias penitenciarias : un progreso para el ser humano. *Pero* es falso que haya creado « campos de exterminio » (expresión forjada por los aliados).

Es exacto que los alemanes fabricaron camiones que funcionaban con gas (*Gaswagen*). *Pero* es falso que hayan fabricado camiones de gas homicidas (si uno solo de esos camiones hubiera existido, estaría expuesto en el museo del automóvil o en los museos del « Holocausto », aunque fuera bajo la forma de un bosquejo con valor científico).

Es exacto que los alemanes empleaban el Zyklon (producto a base de ácido cianhídrico utilizado desde 1922) para proteger mediante la desinsectación la salud de los civiles, de las

tropas, de los prisioneros o de los internados. *Pero* jamás emplearon el Zyklon para matar a nadie y mucho menos a multitudes de seres humanos ; a raíz de las drásticas precauciones en el manejo del gas cianhídrico, los pretendidos gaseamientos homicidas de Auschwitz o de otros campos habrían sido, además, radicalmente imposibles ; me expreso largo y tendido sobre este punto en la presente obra.

Es exacto que los alemanes contemplaban una « solución final de la cuestión judía » (*Endlösung der judenfrage*). *Pero* esa solución era territorial (*territoriale Endlösung der Judenfrage*), y no homicida ; se trataba de instar o, caso de ser necesario, de forzar a los judíos a abandonar Alemania y su esfera de influencia en Europa para establecer, mediante un acuerdo con los sionistas, un hogar nacional judío, en Madagascar o donde fuera. Muchos sionistas colaboraron con la Alemania nacionalsocialista para que se llevara a cabo esa solución.

Es exacto que unos alemanes se reunieron, el 20 de enero de 1943, en un chalé de las afueras de Berlín (Berlín-Wannsee) para tratar de la cuestión judía. *Pero* contemplaron allí la emigración forzada o la deportación de los judíos así como la creación futura de una entidad judía específica, y no un programa de exterminio físico.

Es exacto que algunos campos de concentración poseían hornos crematorios para la incineración de los cadáveres. *Pero* era para combatir mejor las epidemias y no para incinerar en ellos, como algunos se atrevieron a veces a decirlo, a seres vivos además de los cadáveres.⁶

Es exacto que los judíos conocieron los sufrimientos de la guerra, del internamiento, de la deportación, de los campos de retención, de los campos de concentración, de los campos de trabajo forzado, de los ghettos, de las epidemias, de las ejecuciones sumarias por toda clase de razones ; también padecieron represalias o hasta masacres porque no hay guerra sin masacres. *Pero* es también exacto que todos esos sufrimientos los padecieron de igual manera otras naciones o comunidades durante la guerra y, en particular, los alemanes y sus aliados (exceptuando los sufrimientos de los ghettos, puesto que el ghetto es primero y ante todo una creación específica de los propios judíos.⁷) ; es sobre todo verosímil, para quien no padezca una memoria hemipléjica y para quien se esfuerza por conocer las dos caras de la historia de la Segunda Guerra Mundial (la cara que siempre se muestra y la cara que casi siempre se oculta), que los sufrimientos de los vencidos durante la guerra y *después de la guerra* fueron, tanto en el aspecto cuantitativo como cualitativo, peores que los de los judíos y de los vencedores, sobre todo en lo referente a las deportaciones.

Es falso que, como algunos se atrevieron a afirmarlo durante mucho tiempo, haya existido orden alguna de Hitler o de alguno de sus próximos colaboradores de exterminar a los judíos. Durante la guerra, algunos soldados y oficiales alemanes fueron condenados por sus propios tribunales militares, y a veces fusilados, por haber matado judíos.

Es bueno que los exterminacionistas (es decir aquellos que creen en el exterminio de los judíos) hayan terminado, rendidos, por reconocer que no se encuentra rastro de ningún plano, de ninguna instrucción, de ningún documento relativo a una política de exterminio físico de los judíos y que, de la misma manera, hayan admitido por fin que no se encuentra rastro de presupuesto alguno para semejante empresa ni de ningún organismo encargado de llevar a cabo tal política.

Es bueno que los exterminacionistas por fin hayan concedido a los revisionistas que los jueces del Proceso de Nuremberg (1945-1946) aceptaron como verdaderos hechos que eran de pura invención como el cuento del jabón fabricado con la grasa de los judíos, el cuento de las

⁶ Los « bebés judíos [eran] arrojados vivos en los crematorios » (Pierre Weill, director de la SOFRES, « el aniversario imposible », *Le nouvel Observateur*, 9 de febrero de 1995, p.53).

⁷ « Es por otra parte muy interesante [...] subrayar que el ghetto es históricamente un invento judío » (Nahum Goldmann, *Le paradoxe juif*, conversación en francés con León Abramowicz, París, Stock, 1976, p.83-84 ; véase también Pierre-André Taguieff, « L'identité juive et ses fantasmes », *L'Express*, 20-26 de enero de 1989, p. 65.

pantallas de lámparas hechas de piel humana, el de las « cabezas reducidas », el cuento de los gaseamientos homicidas de Dachau ; y sobre todo es bueno que los exterminacionistas hayan reconocido por fin que el elemento más espectacular, más espantoso, más significativo de ese proceso, es decir la audiencia del 15 de abril de 1946 en la que se vio y se escuchó cómo un ex comandante del campo de Auschwitz (Rudolf Höss) confesó públicamente que, en su campo, se habían gaseado millones de judíos, sólo era el resultado de las torturas aplicadas a éste. Dicha confesión, presentada durante tantos años y en tantas obras históricas cómo la « prueba » nº1 del genocidio de los judíos, los historiadores, al menos, la echaron al olvido.

Es una suerte que algunos historiadores exterminacionistas hayan reconocido por fin que el famoso testimonio del SS Kurt Gerstein, elemento esencial de su tesis, no tiene valor alguno; *es detestable* que la Universidad francesa le haya retirado al revisionista Henri Roques su título de doctor por haberlo demostrado en 1985.

Es patético que Raúl Hillberg, el papa del exterminacionismo, se haya atrevido a escribir, en 1961, en la primera edición de *The Destruction of the European Jews*, que habían existido dos órdenes de Hitler de exterminar a los judíos, para luego declarar, a partir de 1983, que dicho exterminio se había realizado por sí mismo, sin ninguna orden ni plan pero a raíz de « un increíble encuentro de las mentes, una transmisión de pensamiento consensual » dentro de la vasta burocracia alemana. R.Hillberg sustituyó así la imputación gratuita por la explicación mágica (telepatía).

Es bueno que por fin los exterminacionistas hayan abandonado más o menos, en la práctica, la acusación, fundamentada en « testimonios », según la cual existían cámaras de gas homicidas en Ravensbrück, en Oranienburg-Sachsenhausen, en Mauthausen, en Hartheim, en Struthof-Natzweiler, en Stutthof-Danzig, en Bergen-Belsen...

Es bueno que la cámara de gas nazi más visitada del mundo – la de Auschwitz-I - haya sido reconocida por fin, en 1995, por lo que era, es decir una fabricación. *Es una suerte* que se haya admitido por fin que « AHÍ TODO ES FALSO » y, personalmente, me alegro de que un historiador que forma parte del establishment oficial haya podido escribir : « A finales de los años 70, Robert Faurisson explotó esas falsificaciones tanto mejor cuanto que los responsables del museo mostraban entonces reticencias en reconocerlas »⁸. Me alegro cuanto más que la justicia francesa me había condenado, de manera inicua, por haberlo dicho.

Es bueno que, en el mismo artículo, el mismo historiador haya revelado que una personalidad destacada del mundo judío como Théo Klein ve en esa « cámara de gas » sólo un « artificio ».

Es bueno también que, en ese mismo artículo, el mismo historiador haya revelado primero que las autoridades del museo de Auschwitz son concientes de que engañaron a millones de visitantes (500.000 por año a principios de los años noventa), luego que sin embargo, en el futuro seguirán engañando a los visitantes porque, según la subdirectora del museo : « [decir la verdad sobre esta « cámara de gas »] es demasiado complicado. Ya veremos más tarde » !⁹

⁸ Eric Conan, « Auschwitz : la mémoire du mal », *L'Express*, 19-25 de enero de 1995, p. 68.

⁹ *Ibid.* En 1992, es decir mucho tiempo después de « finales de los años 70 », un joven revisionista californiano de origen judío, David Cole, se presentará como el descubridor de las falsificaciones de la « cámara de gas » de Auschwitz-I. En un vídeo mediocre, mostrará, por una parte, la versión de los guías del museo (esta cámara de gas es auténtica) y por otra parte, la versión de un encargado del museo, Franciszek Piper (la cámara de gas es « *very similar* » [muy similar] a la original). Hasta ahí nada nuevo. El problema es que D. Cole y sus amigos luego exageraron mucho - por no decir más – al afirmar a continuación que F. Piper había reconocido que había habido un « fraude ». En efecto, había habido fraude, pero lamentablemente D.Cole no había sabido demostrarlo porque conocía mal el expediente revisionista. Podía haber confundido definitivamente a F.Piper mostrándole, en el vídeo, los planos originales que yo había descubierto en 1975/1976 y publicado « a finales de los años 70 ». En ellos se ve muy claramente que la actual pretendida « cámara de gas » es el resultado de varios disfraces del

Es una suerte que en el año 1996, dos historiadores de origen judío, el canadiense Robert Jan van Pelt y la estadounidense Debórah Dwork, hayan denunciado, por fin, algunos de los enormes embustes del campo-museo de Auschwitz y el cinismo con el que allí se engaña a los visitantes¹⁰.

Es, en cambio, inadmisibile que la UNESCO (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organisation) mantenga desde 1979 su patrocinio a un sitio como el de Auschwitz en cuyo centro se encuentra, con la falsa « cámara de gas » (sin hablar de otras enormes falsificaciones) una impostura ahora comprobada ; la UNESCO (cuya sede está en París y se encuentra dirigida por Federico Mayor) no tiene derecho a utilizar las aportaciones de los países miembros para respaldar una enorme estafa tan contraria a la « educación », a la « ciencia » y a la « cultura ».

Es una suerte que Jean-Claude Pressac, después de haber sido tan celebrado, se encuentre desacreditado. A ese farmacéutico, lanzado por la pareja Klarsfeld, le pareció inteligente buscar una posición intermediaria entre aquellos que creen en las cámaras de gas y aquellos que no creen en ellas. Para él, de alguna manera, la mujer que había que examinar no estaba embarazada ni no embarazada sino medio-embarazada y aún, con el paso del tiempo, cada vez menos embarazada. Autor de escritos supuestamente dedicados a las cámaras de gas nazis pero en los cuales no se podía dar con una foto de conjunto, ni con un dibujo de conjunto de uno de esos mataderos químicos, el patético chapucero debía aportar la prueba, el 9 de mayo de 1995, ante la XVII Cámara del Tribunal Correccional de París, de su completa incapacidad para contestar a las preguntas de la Presidenta del Tribunal sobre cómo habría podido ser uno de aquellos mataderos. Tres años después, no le queda más remedio que escribir : « Así, según las declaraciones de ex miembros del *Sonderkommando*, se estima con alta probabilidad que una película sobre los gaseamientos homicidas fue rodada por los SS en Birkenau. ¿Por qué no se habría de descubrir por casualidad en el ático o el sótano de un ex SS? »¹¹

Es una suerte que la « cámara de gas » en ruinas, que forma parte del Krematorium II de Birkenau (Auschwitz-II), pueda servir sobre todo para demostrar « *in vivo* » y « *de visu* » que jamás hubo « Holocausto », ni en este campo ni en otra parte. En efecto, según los interrogatorios de un acusado alemán y según fotografías aéreas « retocadas » por los Aliados, el techo de aquella cámara de gas habría contado con cuatro aberturas especiales (de 25 cm x 25 cm, precisaban) para verter el Zyklon. Ahora bien, cualquiera puede darse cuenta en ese lugar de que ninguna de esas aberturas existe ni jamás existió. Siendo Auschwitz la capital del « Holocausto » y ese crematorio en ruinas el punto clave del exterminio de los judíos en Auschwitz, pude decir en 1994 - y la fórmula parece haber dado frutos en las mentes - « *No holes, no 'Holocaust'* » (Si no hay orificios, no hay « Holocausto »).

Es una suerte igualmente que se haya invalidado así una sarta de « testimonios » según los cuales aquellos gaseamientos habrían existido y *es, al mismo tiempo, en extremo lamentable* que tantos alemanes, juzgados por los vencedores, hayan sido condenados y a veces ejecutados por crímenes que no podían haber cometido.

Es bueno que a la luz de juicios que se parecen a farsas judiciales los propios exterminacionistas emitan dudas acerca de la validez de más de un testimonio ; esos testimonios aparecerían todavía como más claramente erróneos si por fin alguien se tomara el

lugar, los cuales se realizaron después de guerra. Por ejemplo, los cuatro pretendidos « orificios para verter el Zyklon B » que existen en el techo fueron abiertos - de manera muy rudimentaria y muy torpe - después de la guerra : los fierros del concreto fueron seccionados por los comunistas polacos y dejados así como estaban.

¹⁰ R.J. van Pelt y D.Dwork, *Auschwitz. 1270 to the present*, Londres, Yale University Press, 1996, p. 363-364, 367, 369.

¹¹ J.C.Pressac : « Enquête sur les chambres à gaz », *Auschwitz, la Solution finale*, París, Collections de *L'Histoire*, n° 3, octubre de 1998, p. 41.

trabajo de ordenar peritajes judiciales del arma *supuesta* del crimen *supuesto* ya que, en mil juicios acerca de Auschwitz o de otros campos, ningún tribunal ordenó peritaje alguno de este tipo (siendo la única excepción, muy poco conocida, la del Struthof-Natzweiler, cuyas conclusiones se ocultaron hasta que yo las revelara). Ya se sabía sin embargo muy bien que testimonios o confesiones han de contextualizarse y verificarse y que, a falta de estas dos condiciones, carecen de valor probatorio.

Es una suerte que la historia oficial haya rebajado - a menudo en proporciones considerables - el número supuesto de víctimas. Se necesitaron más de cuarenta años de presiones revisionistas para que las autoridades judías y las del museo de Auschwitz retiraran las diecinueve placas que, en diecinueve idiomas diferentes, anunciaban que el número de las víctimas del campo ascendía a cuatro millones. Luego se necesitaron cinco años de disputas internas para llegar a un acuerdo sobre la nueva cifra de un millón y medio, cifra que, posteriormente, fue a su vez rápidamente discutida por parte los autores exterminacionistas; J.-C. Pressac, el protegido de S. Klarsfeld, ya sólo propone, por su parte, la cifra de 600.000 a 800.000 víctimas judías y no judías por toda la duración de la existencia del complejo de Auschwitz. *Es una lástima* que esa búsqueda de la verdadera cifra no se prosiga hasta alcanzar la probable cifra de 150.000 personas, víctimas, principalmente, de epidemias en cerca de cuarenta campos del complejo de Auschwitz. *Es lamentable* que, en las escuelas de Francia, se siga proyectando la película *Nuit et Brouillard* (Noche y Niebla) en la que el número de los muertos de Auschwitz asciende a nueve millones; además, en esa película se perpetúa el mito del « jabón fabricado con los cuerpos », el de las pantallas de lámparas de piel humana y el de las huellas de rasguños de las víctimas en el concreto de las cámaras de gas; ¡en la película se oye decir que « nada distinguía la cámara de gas de un block común » !

Es bueno que en 1988 Arno Mayer, catedrático de origen judío, que enseñaba en la Universidad de Princeton, haya escrito de repente: « Las fuentes para el estudio de las cámaras de gas son a la vez **escasas y poco confiables** » ; pero ¿por qué haber afirmado durante tanto tiempo que las fuentes eran numerosas y fidedignas?, y ¿por qué haber insultado a los revisionistas que escribían desde 1950 lo que Arno Mayer descubriría en 1988?

Es bueno sobre todo que en 1996 un historiador, Jacques Baynac, quien se había vuelto especialista, incluso en el diario *Le Monde*, en tratar a los revisionistas de falsificadores, haya reconocido por fin que no hay, definitivamente, ninguna prueba de la existencia de las cámaras de gas. Es, puntualiza él, « penoso de decir como de escuchar ». ¹² Tal vez, en algunas circunstancias, la verdad sea para algunos « penosa de decir como de escuchar » pero, para los revisionistas, la verdad es agradable de decir como de escuchar.

Es una suerte, por fin, que los exterminacionistas se hayan permitido atentar contra el tercero y último elemento de la trinidad de la Shoah : la cifra de seis millones de muertes judías. Parece ser que esa cifra fue lanzada por primera vez (un año antes del final de la guerra en Europa !)¹³ por el rabino Michael Dov Weissmandel (1903-1956) ; radicado en Eslovaquia, ese rabino fue el principal artífice de la mentira de Auschwitz a partir de

¹² Jacques Baynac en *Le Nouveau Quotidien* (de Lausanne), 2 de septiembre de 1996, p.16, y 3 de septiembre de 1996, p.14 ; veáse, anteriormente, Jacques Baynac y Nadine Fresco « Comment s'en débarrasser ? », *Le Monde*, 18 de junio de 1987, p. 2.

¹³ A veces se sostuvo que la cifra de seis millones tenía su origen en un artículo periodístico de... 1919 : Martin H. Glynn « The Crucifixion of Jews must stop! ». El susodicho M.H. Glynn lanzaba una suscripción de fondos a favor de seis millones de judíos europeos que, decía él, se encontraban hambrientos y perseguidos y por lo mismo vivían un « holocausto », una « crucifixión ». La palabra « holocausto » en su acepción de « desastre » ya existe en inglés desde el siglo XVII ; aquí, en 1919, designaba las consecuencias de una hambruna descrita como un desastre amenazador. En 1894, Bernard Lazare aplicaba la palabra a las masacres de judíos : « ... de vez en cuando, reyes, nobles o burgueses ofrecían a sus esclavos un holocausto de judíos [...] se ofrendaban judíos en holocausto » (*L'Antisémitisme, son histoire et ses causes*, 1894, reedición, París, La Vieille Taupe, 1985, p. 67, 71).

pretendidos testimonios de eslovacos tales como Rudolf Vrba y Alfred Wetzler ; organizaba intensas « campañas de información » dirigidas a los Aliados, a Suiza y al Vaticano. En una carta del 31 de mayo de 1944, no dudaba en escribir : « Hasta la fecha, seis veces un millón de judíos de Europa y de Rusia han sido aniquilados ».¹⁴

De la misma manera mucho antes del final de la guerra, baraja esa cifra de seis millones el judío soviético Iliá Ehrenbourg (1891-1967) que quizá fuera el más rabioso propagandista de la Segunda Guerra Mundial¹⁵. En 1979, esa cifra fue calificada de repente como « simbólica » (es decir falsa) por parte del exterminacionista Martín Broszat con motivo del juicio de un revisionista alemán. En 1961, Raúl Hilberg, el más prestigioso de los historiadores convencionales, estimaba el número de muertes judías en 5,1 millones. En 1953, otro de esos historiadores, Gerald Reitlinger, había sugerido una cifra situada entre 4,2 y 4,6 millones. Pero, de hecho, ningún historiador de esa escuela presentó cifras sustentadas en una investigación ; sólo se trata de las suputaciones personales de cada quien. Por su parte, el revisionista Paul Rassinier propuso la cifra de alrededor de un millón de muertes judías pero a partir, apuntaba, de datos proporcionados por la parte adversa ; por tanto en este caso también, se trataba de una suputación. La verdad es que muchos judíos europeos murieron y que muchos sobrevivieron. Con los medios modernos de cálculo, debería ser posible determinar lo que « mucho » significa en ambos casos. Pero las tres fuentes de las que se podrían sacar los datos necesarios están, en la práctica, vedadas a los investigadores independientes o de acceso limitado :

- Se trata en primer lugar de la enorme documentación compilada por el Servicio Internacional de Investigaciones (SIR) de Arolsen-Waldeck (Alemania), que depende del Comité Internacional de la Cruz Roja (Suiza) y cuyo acceso está controlado con celo por diez Estados entre los cuales Israel.

- Se trata luego de los documentos en poder de Polonia y Rusia y de los cuales sólo una parte se ha dado a conocer : registros de defunciones de algunos campos, registros de las incineraciones, etc. ;

- Se trata por fin de los nombres de los millones de sobrevivientes judíos que cobraron o siguen cobrando indemnizaciones o reparaciones financieras, sea en Israel, sea en varias decenas de países representados en el Congreso Judío Mundial. La simple enumeración de aquellos nombres mostraría hasta qué punto una comunidad de la que frecuentemente se dice que fue « exterminada » en absoluto fue exterminada.

Todavía cincuenta y dos años después de la guerra, el Estado de Israel estima en unos 900.000 la cifra, en el mundo, de los « sobrevivientes » del « Holocausto » (exactamente : entre 834.000 y 960.000)¹⁶. Según una estimación del estadista sueco Carl O. Nordling, al que sometí esa evaluación del gobierno israelí, es posible, a partir de la existencia de 900 mil « sobrevivientes » en 1997, concluir a la existencia, en 1945, de un poco más de tres millones de « sobrevivientes » al terminarse la guerra. Todavía a la fecha, las organizaciones de

¹⁴ « Till now six times a million jews from Europe and Russia have been destroyed », Lucy S. Dawidowicz, en una recopilación, *A Holocaust Reader*, New York, Behrman House, 1976, p. 327; se trata de cartas traducidas del hebreo y publicadas en Nueva York en 1960 bajo el título *Min hametzar*.

¹⁵ Debo este descubrimiento al historiador alemán Joaquín Hoffmann; en *Stalins Vernichtungskrieg 1941-1945*, p. 161 y n. 42 de la p. 169, señala que Iliá Ehrenburg da esa cifra en un artículo de *Soviet War News* del 4 de enero de 1945, intitulado : « Once again Remember! » Cuando intenté comprobar este punto en el Imperial War Museum de Londres, no encontré nada en esa fecha; en cambio, di con el texto señalado por J. Hoffmann bajo otro título y con otra fecha : bajo el título de « Remember, Remember, Remember » y con fecha del 22 de diciembre 1944, p.4-5. ¿ Habría que concluir que *Soviet War News* se publicaba bajo varias formas?

¹⁶ Vease « Holocaust Survivors », Adina Mishkoff, Administrative Assistant, AMCHA, Jerusalén, 13 de agosto de 1997 (cifras divulgadas por el Gabinete del Primer Ministro israelí).

« sobrevivientes » pululan bajo las más diversas denominaciones ; reúnen lo mismo ex « Resistentes » judíos que ex niños de Auschwitz (es decir niños judíos nacidos en ese campo o internados desde su infancia con los padres), trabajadores forzados judíos o, más sencillamente, fugitivos o clandestinos judíos. « Milagrosamente salvados » de a millones ya no son un « milagro » sino el producto de un fenómeno natural. La prensa estadounidense relata con bastante frecuencia reencuentros entre sobrevivientes de una misma familia de la cual cada miembro estaba, nos aseguran, convencido hasta la fecha de que « toda su familia » había desaparecido.

En resumen, a pesar del dogma y a pesar de las leyes, la búsqueda de la verdad histórica sobre la Segunda Guerra Mundial en general y sobre la Shoah en particular ha progresado en los últimos años ; al gran público se lo mantiene en la ignorancia de esos avances ; quedaría pasmado al enterarse de que muchas de sus creencias más sólidas han sido, desde principios de los años ochenta, relegadas por los historiadores más ortodoxos al renglón de los mitos populares. Podría decirse que existen, al respecto, dos concepciones del « Holocausto » : por una parte, la del gran público y, por otra, la de los historiadores conformistas ; la primera parece inquebrantable en tanto que la segunda amenaza con desplomarse, por los muchos parches apresurados que se le aplican.

Las concesiones hechas a los revisionistas por los historiadores ortodoxos, año tras año, sobre todo a partir de 1979, han sido tan importantes en cantidad y en calidad que dichos historiadores se encuentran hoy en un callejón sin salida. Ya no tienen nada de sustancial que decir sobre el tema del « Holocausto ». Les pasaron el relevo a los directores de cine, a los novelistas, a la gente de teatro. Hasta los museógrafos están empantanados. En el Holocaust Memorial Museum de Washington tomaron la « decisión » de no ofrecer a los visitantes « ninguna representación física de las cámaras de gas » (declaración que me hizo en agosto de 1994 Michael Berenbaum, responsable científico del museo, en presencia de cuatro testigos, además autor de una guía de más de 200 páginas en la cual, en efecto, no aparece ninguna representación física de las cámaras de gas, ni siquiera de una miserable y falaz maqueta que lo mismo se les presenta a los visitantes.¹⁷ Los visitantes del museo tienen prohibido sacar fotografías. A Claude Lanzmann, autor de *Shoah*, película que destaca por su ausencia de contenido histórico o científico, ya sólo le queda hoy el recurso de vaticinar lamentando que « los revisionistas ocupen todo el terreno ».¹⁸ En lo que respecta a Elie Wiesel, recurre a la discreción de todos ; nos ruega encarecidamente ya no busquemos ver de cerca o imaginar lo que ocurría, según él, en las cámaras de gas : « Las cámaras de gas, más vale que permanezcan cerradas a la mirada indiscreta. Y a la imaginación »¹⁹. Los historiadores del « Holocausto » se metamorfosearon en teóricos, en filósofos, en pensadores. Sus querellas entre « intencionalistas » y « funcionalistas » o bien entre partidarios y adversarios de una tesis como la de Daniel Goldhagen sobre la propensión casi natural de los alemanes al antisemitismo y al crimen racista en ningún caso podrían disimularnos la indigencia de sus trabajos propiamente históricos.

¹⁷ La miserable y falaz maqueta (con sus pretendidas aberturas en el techo para el Zyklon mientras que dichas aberturas, como se puede comprobar todavía hoy, nunca existieron, y con sus pretendidas columnas perforadas mientras que las columnas de concreto, como todavía se puede apreciar, estaban llenas) está reproducida en otro libro-guía publicado en 1995 ; véase Jeshajahu Weinberg y Rina Elieli, Nueva York, Rizzoli, p.126-127; en cambio, esa guía no reproduce lo que, en la guía anterior, la de M. Berenbaum, venía presentado como la prueba determinante de los gazeamientos homicidas : una pretendida puerta de cámara de gas en Majdanek.

¹⁸ *Le Nouvel Observateur*, 30 de septiembre de 1993, p. 96.

¹⁹ *Tous les fleuves vont à la mer (Mémoires)*, París, Le Seuil, 1994, p. 97.

LOGROS Y MALOGROS DEL REVISIONISMO

En 1998, el balance de la empresa revisionista se establece como sigue: un deslumbrante éxito en el aspecto histórico y científico (en este aspecto, nuestros adversarios firmaron su capitulación en 1996) pero un fracaso en cuanto a comunicación (nuestros adversarios bloquearon todos los accesos del revisionismo a los medios de comunicación, excepto, por el momento, a la red Internet).

En los años 1980 y a muy principios de los años 1990, unos autores antirrevisionistas habían incurrido en un intento de lidiar con los revisionistas en el terreno de la ciencia histórica. Uno tras otro, Pierre Vidal-Naquet, Nadine Fresco, Georges Wellers, Adalbert Rückerl, Hermann Langbein, Eugen Kogon, Arno Mayer o Serge Klarsfeld (éste último con la ayuda del farmacéutico Jean-Claude Pressac) habían intentado hacerles creer a los medios de comunicación que se había dado con la respuesta a los argumentos materiales o documentales de los revisionistas. Hasta Michael Berenbaum, hasta el Holocaust Memorial Museum habían querido, en 1993 y a principios del año 1994, aceptar el desafío que yo había lanzado de mostrarnos aunque fuera una sola cámara de gas nazi y aunque fuera una sola prueba, la que ellos eligieran, de que había existido un genocidio de los judíos. Pero sus fracasos fueron tan humillantes que progresivamente tuvieron que abandonar el combate en ese terreno. Muy recientemente, en 1998, M. Berenbaum publicó por cierto una obra densa titulada: *The Holocaust and History*²⁰ pero, precisamente, lejos de estudiar en ella lo que él llama el « Holocausto » en el aspecto histórico (lo que había intentado expresamente A. Mayer en 1988), más bien nos muestra, sin quererlo, que el « Holocausto » es una cosa y la « Historia » totalmente otra cosa. De hecho, el libro es casi inmaterial. No incluye ni fotografía, ni dibujo, ni el más mínimo intento de representar físicamente realidad alguna. Tan sólo la portada del libro deja ver... un montón de zapatos. Estos zapatos se supone que hablan de por sí como en el Holocaust Memorial Museum de Washington donde nos dicen, según parece: « *We are the shoes, we are the last witnesses* » (Somos los zapatos, somos los últimos testigos). El libro no es sino un conjunto de cincuenta y cinco contribuciones redactadas y publicadas bajo la alta vigilancia del rabino Berenbaum: hasta Raúl Hilberg, hasta Yehuda Bauer, hasta Franciszek Piper renuncian en él a cualquier verdadero esfuerzo de investigación científica y se pronuncia ahí el anatema en contra de un Arno Mayer quien, en un pasado reciente, intentara restituir el « Holocausto » a la historia²¹. La irracionalidad alcanzó la victoria sobre los intentos de racionalización. E. Wiesel, C. Lanzmann, Steven Spielberg (con una película, *La lista de Schindler*, inspirada en una novela), finalmente triunfaron sobre aquellos que, en su propio bando, intentaban aportar pruebas del « Holocausto ».

El futuro mostrará retrospectivamente que fue en septiembre de 1996 cuando fueron heridas de muerte las esperanzas de aquellos que habían querido combatir al revisionismo en el terreno de la ciencia y de la historia. Los dos largos artículos publicados en esa época por el historiador antirrevisionista J. Baynac en un diario helvético cerraron definitivamente el capítulo de las tentativas de respuestas racionales a los argumentos de los revisionistas.²²

A mediados y a finales de los años 1970, había brindado mi propia contribución al desarrollo del revisionismo; había descubierto y formulado en ese momento lo que, desde entonces, se dio en llamar el argumento fisicoquímico, es decir las razones físicas y químicas por las cuales las pretendidas cámaras de gas nazis eran simplemente inconcebibles. En aquel momento, yo presumía de haber revelado un argumento decisivo que hasta entonces no había

²⁰ *The Holocaust and history, The known, the unknown, the Disputed and the reexamined*, ed. by Michael BERENBAUM and Abraham J. PECK, published in association with the United States Holocaust Memorial Museum (Washington D.C.) in Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1998.

²¹ *Id.*, p. 15.

²² Véase, arriba, p. X.

expuesto ni un químico alemán (en Alemania no faltan químicos), ni un ingeniero estadounidense (los Estados Unidos cuentan con ingenieros que, dadas las complicaciones drásticas que requiere la construcción de una cámara de gas en las penitenciarías de su país, tendrían que haberse dado cuenta de que las supuestas cámaras de gas nazis eran imposibles de fabricar por razones fisicoquímicas). Si, en aquella época, en medio del alboroto provocado por mi descubrimiento, un adivino me hubiera predicho que, veinte años más tarde, hacia 1994-1996, mis adversarios, después de tantos intentos por demostrar que yo estaba equivocado, se resignarían, como lo hizo J. Baynac, a reconocer que al fin y al cabo, no existe la más mínima prueba de la realidad de una sola cámara de gas nazi, seguramente me habría alegrado. Y tal vez habría yo concluido que el mito del « Holocausto », herido en pleno corazón, no sobreviviría, que los medios de comunicación abandonarían el servicio de la Gran Patraña y que, muy normalmente, la represión antirrevisionista se extinguiría sola.

Yo habría cometido así un error tanto de diagnóstico como de pronóstico.

Porque la creencia superstisiosa vive de otra vida que no es la de la ciencia. Sigue su propio camino. El mundo de la religión, de la ideología, de la ilusión, de los medios y del cine de ficción puede desarrollarse fuera de las realidades científicas. Ni Voltaire logró jamás « aplastar al infame ». Es así como se podría decir que, como Voltaire denunciando lo absurdo de los relatos hebraicos, los revisionistas están condenados, a pesar del carácter científico de sus trabajos, a no llevar jamás la ventaja sobre las elucubraciones de la Sinagoga, mientras la Sinagoga, por su parte, jamás conseguirá amordazar a los revisionistas. La propaganda del « Holocausto » y el « Shoah-Business » seguirán prosperando. Les queda ahora a los revisionistas mostrar cómo esa creencia, ese mito, llegaron a nacer, a crecer, luego a prosperar antes, quizás, de desaparecer para dejar paso, algún día, no ya a la razón sino a otras creencias y a otros mitos.

¿Cómo se engaña a los seres humanos y por qué se engañan a sí mismos con tanta buena voluntad?

LA PROPAGANDA DEL « HOLOCAUSTO » : MOSTRAR MUERTOS Y HABLAR DE ASESINADOS, MOSTRAR CREMATORIOS Y HABLAR DE CÁMARAS DE GAS.

Mediante la manipulación de las imágenes es como más fácil resulta engañar a las masas. Desde abril de 1945, algunos periodistas británicos y estadounidenses se apresuraron, cuando se abrieron los campos de concentración alemanes, a tomar fotografías o a filmar horrores auténticos de los que posteriormente se hicieron, por así decirlo, horrores más auténticos que la propia verdad. En el lenguaje coloquialpreciado entre los periodistas, se « macaneó » ; nos hicieron el show de « Timisoara » antes de la hora²³. Por una parte, se nos mostraron cadáveres verdaderos así como crematorios auténticos y, por otra parte, mediante comentarios falaces y una puesta en escena cinematográfica, se procedió a malabarismos cuyo resultado puede caber en una fórmula capaz de servir de sésamo para el descubrimiento de todas esas imposturas :

« Nos hicieron tomar *muertos por asesinados y hornos crematorios por cámaras de gas homicidas* ».

Ganas no faltan de agregar : « ...y *cuentas de vidrio por oro* ».

Así nació la confusión, todavía tan difundida hoy día, entre, por una parte, los hornos crematorios, que existieron realmente (pero no en Bergen-Belsen) para proceder a la

²³ Sobre Timisoara, véase, en la presente obra, vol.III, p.1141-1150, mi estudio del libro de Michel Castex, *Un mensonge gros comme le siècle. Roumanie, histoire d'une manipulation*, París, Albin Michel, 1990.

incineración de los muertos, y, por otra parte, las cámaras de gas nazis, las cuales habrían servido para matar multitudes de hombres y de mujeres pero que, en realidad, nunca existieron ni pudieron existir.

El mito, en su forma mediática, de las cámaras de gas nazis asociadas con hornos crematorios tiene su origen en las imágenes y los comentarios de la prensa a propósito de un campo - Bergen-Belsen - que, en opinión de los propios historiadores ortodoxos, no contaba con cámaras de gas homicidas ni siquiera con simples hornos crematorios.

« CÁMARAS DE GAS » QUE NUNCA SE VIERON, QUE NUNCA SE MOSTRARON

En marzo de 1992, en Estocolmo, en una conferencia de prensa, lanzaba yo un reto a los periodistas de la prensa y de la televisión. El reto cabía en unas pocas palabras : « ¡Muéstrenme o dibújenme una cámara de gas nazi! ».

Al día siguiente, los periodistas daban cuenta de la conferencia de prensa pero silenciaban el objeto esencial : el reto aquel, precisamente. Habían buscado fotografías y no las habían encontrado.

Miles de millones de seres humanos, en lo que va de este medio siglo, se imaginan (o se imaginaron) haber visto cámaras de gas nazis en libros o en documentales. Muchos están convencidos de haberse topado, al menos una vez en su vida, con la fotografía de tal cámara de gas. Algunos visitaron Auschwitz u otros campos donde los guías les explicaron que tal local había sido una cámara de gas. Les dijeron que tenían a la vista una cámara de gas, según el caso, « en el estado de origen » o « en el estado de reconstitución » (implicando esta última fórmula que dicha reconstitución es honesta y conforme al original). A veces, les designaron ruinas como « ruinas de una cámara de gas ».²⁴ Ahora bien, en todos los casos, los engañaron o, mejor, se engañaron a sí mismos. Este fenómeno se explica fácilmente. Demasiadas personas se imaginan que una cámara de gas puede limitarse a un cuarto cualquiera con gas dentro. Confunden así un gaseamiento de ejecución con un gaseamiento suicida o accidental. Un gaseamiento de ejecución, como en Estados Unidos para la aplicación de la pena letal a un solo condenado, es a la fuerza algo tremendamente complicado porque, en este caso, habrá que cuidar que se mate sin provocar accidente alguno y sin poner en peligro la propia vida o la de las personas del entorno, sobre todo en la última fase, es decir cuando haya que penetrar en la pieza para manipular un cadáver contaminante y sacarlo de la cámara. Esto, la mayor parte de los visitantes de museos, así como la mayor parte de los lectores, la mayor parte del público de las películas e incluso la mayor parte de los historiadores obviamente lo ignoran. Los responsables de los museos, ellos sí, sacan provecho de esa ignorancia general. A manera de cámara de gas nazi, no tienen más que presentarle al buen público un cuarto con apariencia lúgubre, una cámara frigorífica de morgue, una sala de duchas (preferentemente ubicada en un sótano), un refugio antiaéreo (con puerta de mirilla) y ya está. Los embusteros pueden conformarse con menos : les basta con mostrar una simple puerta, una pared, un techo de una pretendida « cámara de gas ». Los embusteros más avivados se conformarán con todavía menos : enseñarán un bulto de cabellos, un montón de zapatos, un montón de gafas y afirmarán que se trata de los únicos rastros o vestigios que se encontraron de los « gaseados » ; por supuesto, se cuidarán de recordar que, durante la guerra y el bloqueo, en

²⁴ La pretendida maqueta de crematorio con « cámara de gas » que se presenta en el Museo Nacional de Auschwitz y la que se puede ver en el Museo del Holocausto de Washington son tan escuetas respecto precisamente a la « cámara de gas » y presentan tantas contradicciones respecto de los vestigios que se pueden examinar allí, en Auschwitz-Birkenau, que resulta increíblemente fácil demostrar que esas dos maquetas son puras fantasías ; véase, arriba, p.XII, n. 17.

una Europa presa de la hambruna y la penuria, se procedía a la « recuperación », luego al « reciclado » de cualquier material transformable, incluso de los cabellos, los cuales, por su parte, servían, por ejemplo, para confeccionar ropa.

LOS TESTIGOS DEL “HOLOCAUSTO”: TESTIMONIOS SIN VERIFICAR

En lo que respecta a los testigos reina la misma confusión. Se nos presentan cohortes de testigos del genocidio de los judíos. Por la palabra o por la escritura, esos testigos pretenden dar fe de que Alemania ejecutaba un plan de exterminio general de los judíos en Europa. En realidad, de lo único que pueden dar fe esos testigos es la realidad de la deportación, la de los campos de retención, de los campos de concentración o de los campos de trabajo forzado y hasta, en algunos casos, el funcionamiento de los hornos crematorios. Tan poco estaban prometidos los judíos al exterminio o a las cámaras de gas homicidas que cada uno de esos innumerables testigos sobrevivientes o los que se salvaron de milagro, lejos de constituir, como quieren hacernos creer, una « prueba viviente del genocidio », es, al contrario, una prueba viviente de que no hubo genocidio. Como se vio arriba, al final de la guerra el número de los « sobrevivientes » judíos del « Holocausto » pasaba probablemente de los tres millones.

Sólo para el campo de Auschwitz, es considerable la lista de los ex internados judíos que, acerca del exterminio de los judíos en ese campo, brindaron testimonio público por la palabra o por escrito, por televisión, en libros, ante los tribunales. Entre los más conocidos, citemos:

Odette Abadie, Louise Alcan, Esther Alicigüzel, Jehuda Bacon, Charles Baron, Bruno Baum, Charles-Sigismond Bendel, Paul Bendel, Maurice Benroubi, Henry Bily, Ada Bimko, Suzanne Birnbaum, Eva Brewster, Henry Bulawko, Robert Clary, Jehiel Dinour alias K. Tzetnik, Szlama Dragan, Fania Fénelon, Arnold Friedman, Philip Friedman, Michel Gelber, Israël Gutman, Dr Hafner, Henry Heller, Benny Hochman, Régine Jacobert, Wanda Jakubowska, Stanislas Jankowski alias Alter Fajnzylberg, Simone Kadosche-Lagrange, Raya Kagan, Rudolf Kauer, Marc Klein, Ruth Klüger, Guy Kohen, Erich Kulka, Simon Laks, Hermann Langbein, Leo Laufer, Sonia Letwinska, Renée Louria, Henryk Mandelbaum, Françoise Maous, Mel Mermelstein, Ernest Morgan, Filip Müller, Flora Neumann, Anna Novac, Myklos Nyiszli, David Olère, Dounia Ourisson, Dov Paisikovic, Gisella Perl, Samuel Pisar, Macha Ravine-Speter, Jérôme Scorin, Georges Snyders, Henri Sonnenbluck, Jacques Stroumsa, David Szmulewski, Henri Tajchner, Henryk Tauber, Sima Vaïzman, Simone Veil née Jacob, Rudolf Vrba, Robert Weil, Georges Wellers,...

Entre los últimos llegados, citemos igualmente el caso sonado del clarinetista Binjamin Wilkomirski. No se sabe muy bien por qué, ese falso testigo fue públicamente desenmascarado después de tres años de una gloria que le mereciera, en Estados Unidos, el National Jewish Book Award; en Gran Bretaña el Jewish Quaterly Literary Prize; en Francia el premio Mémoire de la Shoah, así como una impresionante serie de artículos ditirámicos en la prensa del mundo entero. Su pretendida autobiografía de niño deportado a Majdanek y a Auschwitz había sido publicada por Suhrkamp en 1995 bajo el título: *Bruchstücke. Aus einer Kindheit, 1939 bis 1948* (Fragmentos. Una infancia, de 1939 a 1948). En Francia, el libro había sido publicado por Calmann-Lévy en 1997 bajo el título : *Fragments d'une enfance, 1939-1948*. Al finalizar su investigación, un autor judío, Daniel Ganzfried, revelaba que Binjamin Wilkomirski, alias Bruno Doessekker, nacido Bruno Grosjean, había conocido por

cierto Auschwitz y Majdanek pero solamente después de la guerra, como turista²⁵. En 1995, el australiano Donald Watt también había burlado a los medios anglohablantes con su pretendido testimonio de « fogonero » de los crematorios II y III de Auschwitz-Birkenau²⁶. En septiembre-noviembre de 1998, en Alemania y en Francia, se organizaba asimismo una amplia operación mediática en torno a « revelaciones » repentinas del Dr. Hans-Whilhelm Münch, ex médico SS de Auschwitz. La veta es definitivamente inagotable.

Tienden a presentarnos todavía hoy a Primo Levi como un testigo fidedigno. Se verá en la presente obra que esa reputación era tal vez merecida en 1947 cuando se publicó su libro *Se questo è un uomo*; desgraciadamente, P. Levi, a continuación, desmereció. Elie Wiesel sigue siendo indiscutiblemente el « gran falso testigo » del « Holocausto ». En *La Nuit* (La Noche), relato autobiográfico, no menciona las « cámaras de gas »; para él, los alemanes arrojaban a los judíos a hogueras; todavía el 2 de junio de 1987, en el juicio de Barbie, dará testimonio bajo juramento de haber « visto, en un bosquecito, en alguna parte en [Auschwitz-] Birkenau, niños vivos que unos SS arrojaban a las llamas ». En la presente obra, se señalará cómo el traductor y el editor de la versión alemana de *La Nuit* resucitaron las « cámaras de gas » en el relato de E. Wiesel. En Francia, Fred Sedel actuará de la misma manera e introducirá en 1990, en la reedición de un libro publicado en 1963, unas « cámaras de gas » ahí donde sólo había mencionado, veintisiete años antes, « hornos crematorios »²⁷.

Se pondrán en la misma bolsa de la « mentira piadosa » los testimonios de algunos que no son judíos y, en particular, del general André Rogerie que, respaldado en el apoyo que le brindaba Georges Wellers, se presentaba en 1988 como « testigo del Holocausto » que había « presenciado la Shoah en Birkenau »²⁸ mientras que, en la edición original de sus recuerdos, *Vivre, c'est vaincre* (Vivir, es vencer), publicada en 1946, sólo decía haber *oído hablar* de las « cámaras de gas »²⁹. Nuestro héroe gozaba en el mismo campo de Auschwitz-Birkenau de una suerte privilegiada. Estaba alojado en el pabellón de los « caifanes » y se beneficiaba con un « escondite regio » del que « conserva buenos recuerdos ». Allí comía crepas con mermelada y jugaba al bridge. Por cierto, escribía él, « no sólo ocurren [en el campo] acontecimientos alegres » pero, en el momento de dejar Birkenau, tiene este pensamiento : « A diferencia de muchos otros, estuve aquí menos desdichado que en cualquier otra parte ».

Samuel Gringauz había pasado la guerra en el ghetto de Kaunas (Lituania). En 1950, es decir en una época en que todavía uno podía expresarse con cierta libertad acerca del tema, iba a dedicarse a hacer el balance de la literatura judía de los sobrevivientes de « la gran catástrofe judía ». Deploraba entonces en esa literatura los daños del « complejo hiperhistórico » (*Hyperhistorical complex*) o complejo de sobrepuja respecto de la historia. Escribía :

El complejo hiperhistórico puede describirse como judeocéntrico, lococéntrico y egocéntrico. Esencialmente encuentra significado histórico sólo a problemas judíos vinculados con acontecimientos locales, y ello bajo

²⁵ Véase *Weltwoche* (Zurich), 27 de agosto y 3 de septiembre de 1998; Nicolas Weill “*La mémoire suspectée de Benjamin Wilkomirski*” (La memoria sospechada de Benjamin Wilkomirski), *Le Monde*, 23 de octubre de 1998, p. 5.

²⁶ Donald Watt, *Stocker*, New York, Simon & Schuster, 1995.

²⁷ Fred Sedel, *Habiter les ténèbres*, París-Ginebra, La Palatine, 1963, y París, A.-M. Métaillié, 1990.

²⁸ *Vivre, c'est vaincre*, Maulévrier, Maine-et-Loire, Hérault-Editions, 1988, se nos presenta como redactado en 1945 e impreso en el tercer trimestre de 1946. En 1988, lo reedita con bombo y platillo la editorial Hérault-Editions. La faja dice: « Fui testigo del Holocausto ». Será en *Le Figaro* del 15 de mayo de 1996 (p. 2) donde el general Rogerie proclame haber « presenciado la Shoah en Birkenau ». La descripción, sumamente sucinta, que le hicieron de las « cámaras de gas » y de los crematorios contradice la versión hoy admitida : su « testigo » le habló de gas que llegaba *por las alcachofas de las duchas* y de hornos *eléctricos* (p.75).

²⁹ A. Rogerie, *Vivre, c'est vaincre*, op. Cit., p. 70, 85. - 4. Id., p. 82. - 5. Id., p. 83. - 6. Id., p. 84. - 7. Ibid. - 8. Id., p. 87.

el aspecto de una experiencia personal. Este es el motivo por el que, en la mayoría de los recuerdos y de los relatos, se despliegan una verborrea absurda, la exageración del escritorzuelo, los efectos teatrales, una presuntuosa inflación del ego, una filosofía de prófano, un lirismo plagiado, rumores sin verificar, distorsiones, ataques partidarios y discursos miserables.³⁰

Sólo puede uno estar de acuerdo con este juicio que, formulado en 1950, se aplicaría hoy de manera idónea a un Claude Lanzmann o a un Elie Wiesel. Para el « complejo hiperhistórico » de este último, para el carácter « judeocéntrico, lococéntrico y egocéntrico » de sus escritos, véanse los dos volúmenes de sus memorias : *Tous les fleuves vont à la mer (Mémoires)*, luego ...*Et la mer n'est pas remplie (Mémoires 2)*. En ellos cualquiera se dará cuenta, por otra parte, de que lejos de haber sido exterminados, los judíos rumanohúngaros tan sólo de la pequeña localidad de Sighet sobrevivieron probablemente en gran número a la deportación, en particular hacia Auschwitz en mayo y junio de 1944. Oriundo de esa ciudad (Sighet) E. Wiesel corrió la suerte común. Después de la guerra, sus pasos lo llevaron por diferentes puntos del mundo donde, por el efecto de una sucesión de « milagros », se encontró con un número sorprendente de familiares, de amigos, de viejas relaciones o de otras personas de Sighet que habían sobrevivido a Auschwitz o al « Holocausto ».

UNA MUESTRA DE OTRAS MISTIFICACIONES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Siempre con la misma perplejidad, las generaciones futuras se harán preguntas idénticas acerca de otros muchos mitos de la Segunda Guerra Mundial que no sean el de las cámaras de gas nazis : además del « jabón judío », de las pieles humanas curtidas, de las « cabezas reducidas » y de los « camiones de gas » arriba mencionados, citemos los experimentos médicos descabellados atribuidos al Dr. Mengele, las órdenes de Adolf Hitler para emprender el exterminio de los judíos, la orden de Heinrich Himmler para que cese el mismo, los exterminios de judíos mediante la electricidad, el vapor de agua, el uso de la cal viva, en hornos crematorios, en fosas de cremación, mediante bombas de vacío ; citemos igualmente el pretendido exterminio de los gitanos y de los homosexuales o también el pretendido *gaseamiento* de los alienados.

Aquellas generaciones futuras se harán preguntas acerca de otros muchos temas más: las masacres en el Frente del Este tal como las relató por escrito, y sólo por escrito, en el Proceso de Nuremberg el famoso falso testigo profesional Hermann Gräbe; las imposturas ahora ya comprobadas como el libro *Hitler me dijo*, libro firmado por Hermann Rauschning, debido, en gran parte, al judío húngaro Imre Révész, alias Emery Reves, y sin embargo generosamente utilizado en el Juicio de Nuremberg como si hubiera sido auténtico; el posible experimento de una bomba atómica para eliminar judíos cerca de Auschwitz, mencionado en el Proceso de Nuremberg ; las « confesiones » aberrantes arrancadas a prisioneros alemanes; el pretendido diario de Ana Frank; el muchachito del ghetto de Varsovia presentado como si se encaminara hacia la muerte cuando probablemente emigró a Nueva York después de la guerra; y tantas falsas memorias, falsos relatos, falsos testimonios, falsas atribuciones cuya verdadera naturaleza era fácil detectar, con un mínimo de atención.

Pero es probable que aquellas mismas generaciones futuras se asombren sobre todo del mito instaurado y sacralizado por el Proceso de Nuremberg (y, en menor grado, por el Proceso de Tokio) : el de la barbarie intrínseca de los vencidos y de la virtud intrínseca de los

³⁰ Samuel Gringauz «Some Methodological Problems in the Study of the Ghetto», *Jewish Social Studies*, XII, New York, 1950, p. 65.

vencedores que sin embargo, si se mira de cerca, cometieron horrores mucho más espantosos, tanto en calidad como en cantidad, que los que perpetraron los vencidos.

UNA CARNICERÍA UNIVERSAL

A la hora en que se terminaría creyendo que sólo los judíos sufrieron de verdad durante la Segunda Guerra Mundial y que sólo los alemanes se comportaron como verdaderos criminales, se impone una vuelta atrás hacia los verdaderos sufrimientos y los verdaderos crímenes de todos los beligerantes.

« Justa » o « injusta », cualquier guerra es una carnicería y hasta un concurso de carnicería, y ello independientemente del heroísmo de muchos combatientes ; tanto que al final del conflicto el vencedor ya no es sino un buen carnicero, y el vencido, un mal carnicero. El vencedor entonces puede administrarle al vencido una lección de carnicería pero de ningún modo una lección de derecho o justicia. Fue sin embargo lo que en el Proceso de Nuremberg (1945-1946) los cuatro grandes vencedores, que actuaban en su propio nombre y en nombre de las diecinueve potencias victoriosas (sin olvidar al Congreso Judío Mundial que gozaba del estatuto de *amicus Curiae*, es decir de « amigo de la corte »), tuvieron el cinismo de hacer respecto de un vencido reducido a una total impotencia. Según Nahum Goldmann, presidente del Congreso Judío Mundial y presidente de la Organización Sionista Mundial, la idea del proceso surgió directamente de algunos cerebros judíos.³¹ En cuanto al papel de los judíos en el mismo Proceso de Nuremberg, fue considerable. La delegación estadounidense, que encabezaba todo el asunto, se componía en una amplia proporción de « reemigrantes », es decir de judíos que, tras haber abandonado Alemania en los años treinta para emigrar a los Estados Unidos, habían regresado a Alemania. El famoso psicólogo G.M. Gilbert, autor del *Nuremberg Diary* (1947), quien trabajaba entre bastidores con el ministerio público estadounidense, era judío y no se privaba, a su manera, de practicar la tortura psicológica con los acusados alemanes. En un libro con prefacio del juez-asesor Lord Justice Birkett, Airey Neave, agregado de la delegación británica, constataba que los inquisidores estadounidenses eran « muchos de ellos nativos de Alemania y todos de origen judío »³².

Por unas razones que se me verá exponer en la presente obra, se puede estimar que en este siglo el Proceso de Nuremberg habrá sido el crimen entre los crímenes. Sus consecuencias resultaron trágicas. Acreditó una suma extravagante de mentiras, de calumnias y de injusticias, las cuales, a su vez, sirvieron para justificar abominaciones de todo tipo, empezando por los crímenes del expansionismo bolchevique o sionista a expensas de los pueblos de Europa, de Asia y de Palestina.

Pero, como los jueces de Nuremberg, primero y ante todo, condenaron a Alemania por su responsabilidad unilateral en la preparación y estallido de la Segunda Guerra Mundial, es este punto el que es preciso examinar primero.

CUATRO GIGANTES Y TRES ENANOS : ¿QUIEN QUISO LA GUERRA?

Siendo la historia primero geografía, examinemos un planisferio del año 1939 y marquemos en éste con un solo color cuatro inmensos conjuntos : Gran Bretaña con su imperio que ocupaba una quinta parte del globo y « sobre el que nunca se ponía el sol », Francia con su vasto imperio colonial, los Estados Unidos y sus vasallos y, por fin, el

³¹ *Le paradoxe juif*, París, Stock, 1967, p. 148-149.

³² *They Have Their Exits*, Londres, Holder & Stoughton, 1953, p. 172.

impresionante imperio de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas ; luego, con otro color, marquemos la modesta Alemania dentro de sus fronteras de antes de la guerra, la flaca Italia y su pequeño imperio colonial y, por fin, Japón cuyos ejércitos, en aquella época, ocupaban una parte del territorio chino. Dejemos de lado los países que iban a aliarse, al menos provisionalmente, con uno u otro de estos dos grupos de beligerantes.

El contraste, en lo que se refiere a los dos grupos, es impactante primero desde el punto de vista de la superficie, luego desde el de los recursos naturales, industriales y comerciales. Es cierto, a finales de los años treinta, Alemania y Japón empezaban - como lo iba a demostrar la posguerra - a sacudir el yugo y a fraguarse una economía y un ejército capaces de inquietar a más grandes y más poderosos que ellos. Es cierto, alemanes y japoneses iban a desplegar una suma de energía fuera de lo común y, durante los primeros años de la guerra, conquistar imperios efímeros. Pero, considerándolo bien, Alemania, Italia y Japón no eran, por así decirlo, más que enanos comparados con aquellos cuatro gigantes que eran los imperios británico, francés, estadounidense y soviético.

¿A quién le quieren hacer creer que a finales de los años treinta los tres enanos buscaban deliberadamente, como se pretendió en el Proceso de Nuremberg y en el de Tokio, provocar una guerra mundial ? ¿Y quién se atreverá a afirmar que en 1945, cuando se terminó el combate, los cuatro gigantes habían cometido menos horrores que los tres enanos? Más aún : ¿quién va a creer aunque sólo sea por un segundo que, en medio de la carnicería generalizada, el primero de esos tres enanos (Alemania) es culpable de haber cometido todos los crímenes imaginables mientras el segundo (Japón) llegó lejos detrás del primero y el tercero (Italia), que se pasó en 1943 al otro bando, no cometió el menor crimen reprehensible? ¿Quién aceptará la idea de que los cuatro gigantes, para retomar la terminología de Nuremberg, no cometieron ningún « crimen contra la paz », ningún « crimen de guerra » ni tampoco ningún « crimen contra la humanidad » que hubiera justificado, después de 1945, un proceso por parte de un tribunal internacional?

Sin embargo es fácil demostrar, con pruebas fehacientes, que los vencedores, en seis años de guerra y en algunos años de posguerra, acumularon más horrores que los vencidos en lo tocante a masacres de prisioneros de guerra, masacres de poblaciones civiles, deportaciones gigantescas, saqueos sistemáticos y ejecuciones sumarias o judiciales. Katyn, el Gulag, Dresden, Hiroshima, Nagasaki, la deportación de doce a quince millones de alemanes (de Prusia oriental, de Pomerania, de Silesia, de Polonia, de Checoslovaquia, de Hungría, de Rumanía, de Yugoslavia) en horribles condiciones, la entrega de millones de europeos al Moloch soviético, la más sangrienta « Depuración » que jamás haya arrasado a todo un continente, ¿era eso tan irrelevante como para que ningún tribunal haya tenido que juzgarlo? En este siglo, ningún cuerpo de combate habrá matado a tantos niños como la US Air Force en Europa, en Japón, en Corea, en Vietnam, en Irak, en Centroamérica y, sin embargo, ninguna jurisdicción internacional le pidió cuentas por esas matanzas, que sus « boys » siempre están dispuestos a desencadenar una vez más en cualquier punto del globo, porque ése es su « job ».

¿QUERÍAN LOS FRANCESES LA GUERRA?

« ¡Maldita sea la guerra! » lleva grabado el Monumento a los Muertos del municipio de Gentioux en el departamento de la Creuse. El Monumento de San-Martin-d'Estréaux, en el departamento de la Loire, es más escueto pero su « Balance de la guerra » lanza el mismo

grito³³. En Francia, en nuestras iglesias o en nuestros monumentos públicos, la lista de los muertos de la guerra de 1914-1918 da lástima. Hoy nadie ya, en el fondo, es capaz de decir por qué motivo exacto la juventud francesa (exactamente de la misma manera que, de su lado, la juventud alemana) fue segada de esa forma.

En los mismos monumentos de nuestros municipios figuran a veces, en cantidad sensiblemente menor, los nombres de jóvenes franceses muertos o desaparecidos durante la campaña de 1939-1940 : unos 87.000. A veces también se leen ahí los nombres de víctimas civiles ; por su sola cuenta, los angloamericanos mataron en sus bombardeos a unos 67.000 franceses. Otras veces se leen ahí nombres de resistentes, incluidos a veces, para aumentar el número, los nombres de resistentes fallecidos mucho después de la guerra en su cama. Faltan, casi en todas partes y casi siempre, los nombres de franceses víctimas de la « Depuración » (probablemente alrededor de 14.000 y no 30.000 o incluso, como a veces se dijo, 105.000) en la cual los judíos, los comunistas y los gaullistas de la última hora cumplieron un papel primordial. Salvo algunas excepciones, faltan asimismo, porque no pertenecían por nacimiento a aquellos municipios, los nombres de miembros de las tropas coloniales « muertos por Francia ».

Para Francia, las dos guerras mundiales constituyeron un desastre : la primera por el número de pérdidas humanas y la segunda por su carácter de guerra civil que se perpetúa todavía hasta la fecha.

Si uno se fija en aquellas listas de los muertos de la Primera Guerra Mundial, si los completa con los nombres de los desaparecidos, si recuerda los batallones enteros de « jetas rotas », de heridos, de mutilados, de discapacitados de por vida, si uno saca la cuenta de las destrucciones de todo tipo, si uno piensa en todas las familias devastadas por aquellas pérdidas, en los prisioneros, en los « fusilados por desertión », en los suicidios originados por tantas pruebas, si uno recuerda igualmente a los veinticinco millones de muertes provocadas en América y en Europa a partir de 1918 por una epidemia llamada indebidamente « gripe española » e importada en Francia, al menos en parte, por los soldados norteamericanos³⁴, ¿acaso no se puede comprender lo mismo a los pacifistas y a los « munichenses » de antes de 1939-1945 que a los petainistas de junio de 1940? ¿Con qué derecho se habla, hoy tan fácilmente de cobardía tanto respecto de los acuerdos de Munich, ratificados los días 29 y 30 de septiembre de 1938, como respecto del armisticio firmado en Rethondes el 22 de junio de 1940? Podían los franceses que, en aquel tiempo, llevaban todavía, en su propia carne o en su alma, la huella del holocausto de 1914-1918 y de sus consecuencias inmediatas – éste sí, un verdadero holocausto – considerar como una obligación moral, a finales de los años treinta, tener que lanzarse en una nueva carnicería? Y, después de firmado un armisticio que, por más duro que fuera, nada tenía de infamante, ¿dónde estaba la deshonra en buscar el compromiso con el adversario, no para hacer la guerra sino para concluir la paz?

³³ De un texto de más de doscientos cincuenta palabras se retendrá en particular : « ¡Más de doce millones de muertos! ¡Otros tantos que no nacieron! ¡Todavía más mutilados, heridos, viudas y huérfanos! Un sinnúmero de miles de millones en destrucciones diversas. Fortunas escandalosas acumuladas sobre miserias humanas. Inocentes al paredón. Culpables homenajeados. La vida atroz para los desposeídos. La cuenta fenomenal por pagar». En otra parte se lee: « Hace falta mejorar el espíritu de las Naciones mejorando el de los individuos mediante una instrucción saneada y ampliamente difundida. Es preciso que el pueblo sepa leer. Y sobre todo que entienda el valor de lo que lee». El texto termina con: « ¡Maldita sea la guerra. Y sus autores! ».

³⁴ Véase Christiane Gallus « *Une pandémie qui a fait trois fois plus de victimes que la guerre de 1914-1918* » [grippe espagnole], Le Monde, 31 de diciembre de 1997, p. 17.

¿QUERÍAN LA GUERRA LOS ALEMANES?

« Hitler nació en Versalles » : la fórmula sirvió de título a una obra de Léon Degrelle. El diktat de Versalles – puesto que no hubo realmente tratado – fue, en 1919, tan drástico y tan infamante para el vencido que los senadores estadounidenses se negaron a reconocerlo (20 de noviembre de 1919) y poco a poco cayó en el descrédito. Dicho tratado descuartizaba Alemania, la sometía a una despiadada ocupación militar, la condenaba al hambre. En particular, forzaba al vencido a cederle a Polonia Posnania, Silesia y parte de Prusia occidental. Los cuatrocientos cuarenta artículos del « Tratado de paz entre las potencias aliadas y asociadas y Alemania » (así como las piezas anexas) firmados en Versalles el 28 de junio de 1919 constituyen, con los tratados conexos, un monumento de iniquidades que sólo el furor de una guerra que acababa de concluir puede, a lo sumo, explicar. « La tienen fácil con reprocharles a los alemanes no haber respetado el tratado de Versalles. Su papel y su virtud de alemanes consistían en obviarlo primero, y en romperlo luego, de la misma manera que el papel y la virtud de los franceses consistía en mantenerlo³⁵.

Veinte años después de la aplastante humillación, Hitler querrá recuperar una parte de los territorios entregados a Polonia, de la misma forma en que Francia, tras la derrota de 1870, había querido recuperar Alsacia y una parte de Lorraine.

Como ningún historiador está en condiciones – como no sea con bastante ligereza – de designar al responsable principal de un conflicto mundial, nos cuidaremos de echarle a Hitler la única responsabilidad de la guerra de 1939-1945 bajo el pretexto de que, el 1 de septiembre de 1939, entró en guerra contra Polonia. En cambio, justificar la entrada en guerra, dos días después, de Gran Bretaña y de Francia contra Alemania con la necesidad, en nombre de un tratado, de auxiliar Polonia no tiene mucho sentido ya que, dos semanas más tarde, la URSS entraba a su vez en guerra contra Polonia para ocupar una gran parte de la misma, sin que ello provocara reacción militar alguna por parte de los Aliados.

Los conflictos mundiales se parecen a esas gigantescas catástrofes naturales que nadie podría predecir exactamente a pesar de que, a veces, se siente que están llegando. Se las explica después, trabajosamente, y no sin un despliegue de joyas de mala fe en las acusaciones mutuas de negligencia, de ceguera, de mala voluntad o de irresponsabilidad.

Se puede no obstante constatar que en Alemania, a finales de los años treinta, el partido de la guerra contra Occidente era por así decirlo inexistente ; los alemanes sólo contemplaban, en el peor de los casos, un « empuje hacia el Este » (*Drang nach Osten*). En cambio, en Occidente, el partido de la guerra contra Alemania era poderoso. La « camarilla belicista » quiso « la cruzada de las democracias » y la consiguió.

Entre aquellos nuevos cruzados figuraban en primer plano, con excepción de algunas notables excepciones, el conjunto de los judíos estadounidenses y europeos.

WINSTON CHURCHILL Y LOS BRITÁNICOS COMO MAESTROS DE LA PROPAGANDA BELICISTA.

Durante la Primera Guerra Mundial, los británicos, con cinismo, habían explotado todos los recursos de la propaganda a base de relatos de atrocidades totalmente ficticias. Durante la segunda Guerra Mundial no abandonaron esa línea.

Se juzga hoy con severidad la política de « apaciguamiento » que practicaba Neville Chamberlain para con los alemanes y se admira, o se finge admirar, a Winston Churchill por su determinación en continuar la guerra. No está dicho que la historia, con el paso del tiempo,

³⁵ Pierre Kaufmann « *Le danger allemand* », *Le Monde*, 8 de febrero de 1947.

mantenga este juicio. Lo que se descubre poco a poco de la personalidad y del papel de Churchill lleva a interrogarse acerca de los motivos más bien dudosos de tal determinación y acerca de los frutos de su política. Por lo menos Chamberlain había previsto que hasta una victoria de Gran Bretaña se volvería un desastre para ella misma, para su imperio y también para otros vencedores. Churchill no lo vio o no supo verlo. Profetizaba el sudor, las lágrimas, la sangre, y luego la victoria. No preveía los mañanas amargos de la victoria : la desaparición acelerada de aquel imperio británico al que tanto apego tenía y la entrega de cerca de la mitad de Europa al imperialismo comunista.

En una de sus conferencias, David Irving, biógrafo de Churchill, muestra el carácter ilusorio de los motivos sucesivos que estuvo obligado a invocar Churchill, primero para lanzar a sus compatriotas en la guerra, luego para mantenerlos en ella.

El asunto, si cabe decir, pasó en cuatro fases.

En una primera fase, Churchill aseguró a los británicos que su deber era acudir en auxilio de Polonia agredida por Hitler, pero, dos semanas más tarde, este mismo motivo caducaba con la agresión de Polonia por la Unión Soviética.

En una segunda fase, les explicó a sus conciudadanos que tenían que continuar la guerra para preservar el imperio británico ; rechazaba los ofrecimientos de paz reiterados de Alemania ; en mayo de 1941, mandaba internar al mensajero de paz Rudolf Hess ; y, mientras para Alemania era importante la perenidad del Imperio británico, eligió sellar una alianza con el peor enemigo que haya sido de ese imperio : el estadounidense Franklin Roosevelt. El segundo motivo de esa forma caducaba también.

En una tercera fase, Churchill les anunció a sus compatriotas que era preciso que pelearan por la democracia, incluyendo la forma más paradójica de ésta : la democracia socialista soviética ; era, según él, necesario abrir un segundo frente en Europa para aliviar los esfuerzos de Stalin. Eso era acudir en auxilio de una dictadura que sin embargo había agredido a Polonia el 17 de septiembre de 1939 y que se preparaba para una nueva conquista de aquel país.

Todavía un mes antes del fin del conflicto en Europa (8 de mayo de 1945), la propaganda inglesa seguía así con su cantinela, mientras muchos soldados británicos o norteamericanos descubrían con espanto hasta qué grado la aviación angloamericana había devastado Alemania.

Fue entonces cuando, en abril de 1945, se produjo un milagro que le permitió a Churchill dar esta vez con el cuarto y correcto motivo : el descubrimiento del campo de Bergen-Belsen lo llevó a afirmar que, si Gran Bretaña había luchado tanto y había provocado y sufrido tantas destrucciones durante cerca de seis años, era nada menos que por la civilización. Por cierto, Churchill ya más de una vez les había soltado a los británicos las coplas habituales, desde la Guerra de 1914-1918, sobre Gran Bretaña, aquella cuna de la civilización expuesta al peligro de las hordas teutónicas (los “hunos”, decía él), pero la mecánica oratoria giraba en el vacío. El milagro fue el descubrimiento en abril de 1945 de ese campo de concentración devastado por las epidemias: una ganga para Churchill y para la propaganda británica.

LOS BRITÁNICOS ESTRENAN EN BERGEN-BELSEN LOS *REALITY SHOWS* DE LOS « CRÍMENES NAZIS » (ABRIL DE 1945).

Situado cerca de Hannover, Bergen-Belsen había sido primero un campo para heridos de guerra alemanes. En 1943, los alemanes establecieron allí un campo de detención para judíos europeos para canjear por civiles alemanes detenidos por los Aliados. En plena guerra, unos judíos fueron trasladados desde ese campo hacia Suiza o inclusive hacia Palestina vía

Turquía (una prueba suplementaria, dicho sea de paso, de la ausencia de cualquier política de exterminio físico de los judíos).

Hasta finales de 1944, las condiciones de vida de los detenidos de Bergen-Belsen fueron más o menos normales cuando, con la llegada de convoyes de deportados venidos del Este frente al avance soviético, las epidemias de disentería, de cólera y de tifus exantemático provocaron un desastre agravado por los bombardeos angloestadounidenses que impedían la llegada de los medicamentos, de los alimentos y - fue el tiro de gracia - del agua. Los convoyes de los recién llegados ya no tardaban dos o tres días en venir del Este sino una o dos semanas ; a causa de los bombardeos y de los ametrallamientos por parte de la aviación aliada, sólo podían desplazarse de noche ; el resultado fue que a su llegada esos convoyes ya no contenían mucho más que muertos, moribundos u hombres y mujeres agotados y por tanto incapaces de enfrentar semejantes epidemias. El 1 de marzo de 1945, el comandante del campo, Josef Kramer, dirigió al general Richard Glücks, responsable de los campos de concentración, una carta que describía en sus propios términos esa « catástrofe » y que se terminaba con : « Imploro su ayuda para superar esta situación »³⁶

Alemania, exhausta, ya no podía hacerse cargo del flujo de sus propios refugiados del Este que llegaban por millones. Ya no alcanzaba a proveer a su ejército con armas y con municiones ni a su propia población con víveres. Por fin, ya no podía remediar las condiciones de vida dramáticas en los campos en los que hasta los guardias se morían a veces de tifus. Himmler autorizó a los responsables de la Wehrmacht a entrar en contacto con los británicos para avisarles que se estaban acercando, en su avance, a un temible foco de infección. Hubo a raíz de esto negociaciones. Una amplia zona alrededor de Bergen-Belsen se declaró desmilitarizada y británicos y miembros de la Wehrmacht decidieron, de común acuerdo, compartir la vigilancia del campo.

Pero el espectáculo que descubrieron los británicos y el hedor insoportable de los cadáveres en descomposición así como unas barracas o carpas inundadas de heces acabaron por despertar la indignación general. Se creyó o se dejó creer que los SS deliberadamente habían elegido matar o dejar morir a los detenidos. Y, a pesar de sus esfuerzos, los británicos resultaron incapaces de poner fin a la espantosa mortandad.

Como una nube de buitres, los periodistas se arrojaron sobre el campo y filmaron o sacaron fotos de todos los horrores posibles. Procedieron, además, a montajes. Una escena famosa, retomada en « *Nuit et Brouillard* » (Noche y Niebla), muestra una aplanadora que empuja cadáveres a una fosa común. Muchos de los que vieron aquella escena fueron inducidos a creer que se trataba de « aplanadoras alemanas »³⁷. No se dieron cuenta de que la aplanadora (en singular) la manejaba un soldado británico que, seguramente, después de haber contado los cadáveres, los empujaba hacia una amplia fosa cavada después de la liberación del campo.

Todavía en 1978, una publicación judía mostrará esa aplanadora pero no sin antes oportunamente cortarle, en la foto, la cabeza al chófer con el fin de ocultar así la boina de soldado inglés.³⁸ El judío Sydney Lewis Bernstein, responsable en Londres de la sección cinematográfica del Ministerio de la Información, recurrió a Alfred Hitchcock para producir una película sobre esas « atrocidades nazis ». Al fin y al cabo, sólo unos fragmentos de esa película se presentaron al público, probablemente porque la película en su integridad incluía

³⁶ Véase Mark Weber : « Bergen-Belsen Camp : the Suppressed Story », *The Journal of Historical Review*, mayo – junio de 1995, p. 23-30.

³⁷ Tal fue el caso, por ejemplo, de Bartley C. Crum : *Behind the Silken Curtain*, New York, Shimon & Schuster, 1947, p. 114.

³⁸ Arthur Suzman & Denis Diamond, *Six Million Did Die. The Truth Shall Prevail*, publicado por el South African Jewish Board of Deputies, Johannesburg, 1978, 2ª edición, p. 18.

aserciones que podían hacer dudar de su autenticidad.³⁹

Pero, en conjunto, « lo de Bergen-Belsen » resultó un fabuloso éxito para la propaganda de los Aliados. Fue a partir de esa proeza mediática que el mundo entero aprendió a no ver lo que tenía ante los ojos: le presentaron ya sea *muertos*, ya sea *moribundos* pero el comentario lo incitó a creer que tenía ante los ojos ya sea *personas matadas*, o bien *asesinados*, *exterminados*, ya sea cadáveres ambulantes condenados a la *matanza*, al *asesinato*, al *exterminio*. Así, como se vio anteriormente, fue a partir de un campo que no contaba ni con crematorios, ni – en propia opinión de los historiadores conformistas – la más mínima cámara de gas homicida que se edificó el mito general de la presencia en Auschwitz y en otras partes de « cámaras de gas » asociadas con hornos crematorios.

En ese campo, entre las víctimas más destacadas de las epidemias se encontraron Ana Frank y su hermana Margot a las que, durante casi cuarenta años después de la guerra, se insistirá generalmente en presentar como gaseadas en Auschwitz (campo del que efectivamente provenían) o como matadas en Bergen-Belsen ; ahora mayormente se reconoce que fallecieron de tifus en Bergen-Belsen en febrero-marzo de 1945.

« Lo de Bergen-Belsen » fue rápidamente imitado por los norteamericanos que, recurriendo a Hollywood, rodaron una serie de películas sobre la liberación de los campos alemanes ; procedieron a una selección de sus tomas (6.000 pies de película de un total de 80.000 pies, o sea 1.800 metros solamente de los casi 25.000 metros) que, el 29 de noviembre de 1945, se proyectaron en el Proceso de Nuremberg donde todos, incluso la mayor parte de los acusados, quedaron escandalizados. Algunos acusados se olieron la superchería pero ya era demasiado tarde: la aplanadora de la gran mentira se había lanzado. Sigue en marcha el día de hoy. A los espectadores de todas esas películas de horror sobre los « campos nazis » se les fue sugestionando, a la larga, con la elección de las imágenes y con el comentario. Un pedazo de muro, un montón de zapatos, una chimenea : no necesitaron más para creer que les habían mostrado un matadero químico.

Cincuenta y dos años después de la liberación del campo de Bergen-Belsen, Maurice Druon, secretario vitalicio de la Academia Francesa, vendrá a declarar en el juicio de Maurice Papon. He aquí un fragmento de aquella declaración en la que se evocan las cámaras de gas homicidas de Bergen-Belsen (con las que todos los historiadores reconocen hoy que no contaba ese campo), la famosa aplanadora y los « cabellos de los muertos que se cortaban para hacer con ellos algún sucedáneo »:

« Cuando hoy se habla de los campos se tiene ante los ojos, y los jurados presentes tienen en mente aquellas imágenes atroces que las películas y las pantallas nos muestran y nos vuelven a mostrar ; y con mucha razón lo hacen, y deberían volverlos a difundir en todas las clases de bachillerato, cada año. Pero aquellas imágenes, de las cámaras de gas, de los montones de cabellos cortados de los muertos para hacer con ellos algún sucedáneo, de aquellos niños que están jugando entre los cadáveres, y de aquellos cadáveres tan numerosos que era necesario empujarlos hacia las fosas con una aplanadora, y de aquellas cohortes esqueléticas, tambaleantes y halucinadas, vestidos con sus chaquetas a rayas, con la muerte en los ojos, aquellas imágenes, y aquí brindo testimonio de ello, fui, en mi modesta calidad de oficial de información, uno de los veinte primeros oficiales aliados en « visionarlas », cuando llegó el material cinematográfico bruto, como se suele decir, de la liberación por los ingleses del campo de Bergen-Belsen. Pero era en la primavera de 1945. Hasta entonces, no se sabía. - No hay que

³⁹ En 1945, A. Hitchcock, nacido en 1899, ya era conocido. Por sus gustos macabros o mórbidos, por su arte de « manipular a su público », por la extraña fascinación que ejercía el gaz en su mente, léase Bruno Villien, *Hitchcock*, Paris, Colonna, 1982, p. 9-10.

juzgar con nuestros ojos instruidos de hoy [*sic*], sino con nuestros ojos ciegos de ayer.⁴⁰ »

M. Druon, en realidad, tenía ayer « ojos instruidos » y tiene hoy « ojos ciegos ». Más de cincuenta años de propaganda lo volvieron definitivamente ciego. Pero ya durante la guerra, a M. Druon y a su tío Joseph Kessel, ambos judíos, ¿acaso no los cegaba el odio por el soldado alemán cuando componían el atroz *Chant des Partisans* (Canto de los Francotiradores) (« ¡Matadores con bala y con puñal, maten pronto! »)?

NORTEAMERICANOS Y SOVIÉTICOS VAN MÁS ALLÁ QUE LOS BRITÁNICOS.

Al menos, en 1951, una judía como Hannah Arendt tenía la honestidad de escribir : « No es irrelevante saber que todas las fotografías de campos de concentración son engañosas (*misleading*) en la medida en que muestran los campos en su estado final, cuando los Aliados penetraron en ellos [...]. Las condiciones que imperaban en los campos resultaban de las acciones de guerra durante los últimos meses : Himmler había ordenado la evacuación de todos los campos de exterminio del Este ; en consecuencia, los campos alemanes se encontraron considerablemente sobrepoblados y no [se] estaba en condiciones de asegurar el abastecimiento en Alemania »⁴¹. Recordemos acá, una vez más, que la expresión « campos de exterminio » (*extermination camp*) es una creación de la propaganda de guerra aliada.

Eisenhower siguió pues los pasos de Churchill y lanzó, a escala americana, en base a relatos de atrocidades, una propaganda tal que cualquier cosa ya podía permitirse, tanto para con el vencido como respecto de la verdad de los hechos. En los pretendidos reportajes sobre los campos alemanes se agregó, como lo señalé, a los auténticos horrores, horrores inventados que iban más allá de la verdad. Se eliminaron las fotografías o los fragmentos de películas donde se veían internados de cara tan saludable como la de Marcel Paul, o internados en relativamente buen estado de salud pese a la hambruna o las epidemias, o, como en Dachau, unas madres judías húngaras con buena salud dándoles el biberón a unos bebés regordetes. Sólo se retuvieron a los caquéticos, a los inválidos, a los desechos humanos que resultaban ser, en realidad, víctimas tanto de los alemanes como de los Aliados que, por sus bombardeos masivos y sistemáticos de toda Alemania y los ametrallamientos sistemáticos de los civiles incluso en los campos, habían generado una situación apocalíptica en el mismo corazón de Europa.

La verdad obliga a decir que ni Churchill, ni Eisenhower, ni Truman, ni de Gaulle llevaron la impudencia al grado de dar su respaldo a los cuentos de mataderos químicos ; lo dejaron esto al cuidado de sus oficinas de propaganda y los jueces de sus tribunales militares. Se les infligieron horribles torturas a los alemanes culpables, a los ojos de los Aliados, de haber cometido todos aquellos « crímenes » ; se ejercieron represalias contra los prisioneros alemanes y los civiles. Hasta 1951 se fusilaron o ahorcaron a alemanes y alemanas (todavía en los años ochenta, los soviéticos fusilarán a « criminales de guerra » alemanes o aliados de los alemanes). Los militares británicos y norteamericanos, por un tiempo conmovidos por el espectáculo a la vez de las ciudades alemanas reducidas a cenizas y de sus habitantes transformados en trogloditas, pudieron regresar a su casa con la conciencia tranquila. Churchill y Eisenhower lo garantizaban : las tropas aliadas habían fulminado el Mal ; encarnaban el Bien ; se iba a proceder a la « reeducación » del vencido con la quema de

⁴⁰ *Le Figaro*, 24 de octubre de 1997, p. 10.

⁴¹ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Cleveland and New York, Meridian Books, 1958, p. 446, n. 138.

millones de sus libros malos. A fin de cuentas, la Gran Matanza se había llevado a cabo con éxito y por el buen motivo.

Fue esa patraña la que consagró el Proceso espectáculo de Nuremberg.

UNA PATRAÑA POR FIN DENUNCIADA EN 1995

Se necesitaron no menos de cincuenta años para que una historiadora, Annette Wiviorka, y un cineasta, William Karel, revelaran al gran público, en un documental titulado *Contre l'oubli* (Contra el olvido), las escenificaciones y las fabricaciones norteamericanas y soviéticas de 1945 relativas a la liberación de los campos del Oeste y del Este.

En A. Wiewiorka, judía francesa, y G. Karel, israelí radicado en Francia desde 1985, se siente a todas luces la influencia de la escuela revisionista francesa. Muy enemigos de los revisionistas, no por ello dejaron de admitir que había llegado por fin la hora de denunciar algunos inventos demasiado visibles de la propaganda exterminacionista. Remitiremos al respecto ya sea a un artículo de Philippe Cusin⁴², ya sea, sobre todo, con motivo de la redifusión del documental por *Antenne 2*, a un artículo de Beatriz Bocard cuyo solo título dice mucho : « La Shoah, de la realidad al show. Frente a los relatos de los deportados, la indecente escenificación de sus libertadores ».⁴³ Escribe la periodista:

« Exagerando apenas, se podría decir que la liberación de los campos de concentración inauguró los *reality shows* [...]. Las primicias de la sociedad del espectáculo que iban a banalizar cincuenta años más tarde los canales televisivos como CNN ya estaban allí, con la sobrepuja en la indecencia, el voyeurismo, y el recurso a la escenificación [...]. Frente a las cámaras, se hace que los menos inválidos entre los sobrevivientes repitan su texto: « Me deportaron porque era judío » dice alguno. Una vez, dos veces [...]. Para no quedarse atrás después del « show » norteamericano, los soviéticos, que no habían hecho nada en el momento de la liberación de Auschwitz, filman una « falsa liberación » unas semanas más tarde, con figurantes polacos que aclamaban a los soldados a gritos... « William Karel es el primero en desmenuzar esas imágenes falsas que siempre nos mostraron, hasta fechas muy recientes, como auténticas » comenta Annette Wiewiorka. ¿Cómo se pudo creer esto? « No se suelen poner en duda las imágenes como se lo hace con los escritos », explica la historiadora. « El ejemplo de las fosas de Timisoara no está tan lejos ».

Huelga decir que, en este artículo de B. Bocard, las manipulaciones eran presentadas como insultantes... para los deportados. En cuanto a los alemanes, civiles y militares, algunos de ellos habían denunciado desde 1945 esta clase de montajes pero, antes que creerlos, se les acusó de nazismo o de antisemitismo.

EMINENTE RESPONSABILIDAD DE LAS ORGANIZACIONES JUDÍAS EN ESTA PROPAGANDA.

Desde los orígenes, en 1941, hasta el día de hoy, la propaganda que se desarrolló en torno al « genocidio » o a las « cámaras de gas » es esencialmente el producto de organizaciones judías. La consecuencia fue que se formó poco a poco en la mente del gran

⁴² *Le Figaro*, 16 de enero de 1995, p. 29.

⁴³ *Libération*, 18 de diciembre de 1995, p. 41.

público la convicción de que una empresa de exterminio físico llevada por los alemanes apuntaba, ante todo, a los judíos y que las « cámaras de gas » eran de alguna manera reservadas a los judíos (los judíos del « *Sonderkommando* » que llevaban incluso a sus correligionarios al matadero). Hoy en día, los innumerables « museos del Holocausto » constituyen un monopolio judío y es una palabra hebrea, la de « Shoah » (catástrofe), la que designa con cada vez más frecuencia ese pretendido genocidio. Fuese cual fuese su participación en la constitución y en el éxito del mito, los Aliados sólo tuvieron en esa circunstancia un papel secundario y *siempre* bajo la presión de las organizaciones judías. Sin embargo, el caso de los soviéticos podría haber sido diferente : su propia fabricación de un « Auschwitz » en la que no se hace hincapié en el destino de los judíos podría haber tenido su origen en la necesidad de una propaganda, más allá de el telón de acero, dirigida a los progresistas occidentales.

Y no porque hay ahora voces judías que piden que se hable menos de las « cámaras de gas » la propaganda del « Holocausto » o de la « Shoah » baja de intensidad entre los responsables de la comunidad judía. Más sencillamente, a los ojos de los historiadores judíos, esas increíbles « cámaras de gas » se volvieron un estorbo para la propagación de la fe en la Shoah.

Una personalidad de la política francesa dijo que las cámaras de gas nazis eran un detalle de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, en sus respectivas obras sobre esa guerra, Eisenhower, Churchill y de Gaulle aparentemente opinaron que aquellos mataderos químicos eran aún menos que un detalle ya que ni los mencionaron. Se nota la misma discreción bajo la pluma del historiador René Rémond, primero destacado miembro del Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale (Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial), luego del Institut d'histoire du temps présent (Instituto de Historia Contemporánea) : en dos de sus obras en las que uno se esperaría dar con las palabras « cámara de gas », no aparece nada por el estilo. El historiador estadounidense Daniel Jonah Goldhagen habla de estas cámaras como de un « epifenómeno ». En la versión francesa del Proceso de Nuremberg, sólo 520 palabras, *en extremo imprecisas*, de unas 84.000 remiten al tema, lo que representa un 0.62% del texto de dicho juicio.

Para un revisionista, las cámaras de gas son menos que un detalle porque sencillamente nunca existieron pero el mito de las cámaras de gas es, eso sí, mucho más que un detalle: es la piedra angular de un inmenso edificio de creencias de todo tipo que la ley nos prohíbe discutir.

« Haya habido cámaras de gas o no, ¿qué importancia? » A veces se escucha esta pregunta, marcada por el escepticismo. Ésta irrita al historiador Pierre Vidal-Naquet para quien renunciar a las cámaras de gas equivaldría a « capitular en campo raso »⁴⁴. Sólo se le puede dar la razón. En efecto, dependiendo de si esas cámaras de gas existieron o no, se nos presentará a los alemanes como unos criminales empedernidos o bien a los judíos como unos mentirosos (o charlatanes de feria) empedernidos. En el primer caso, los alemanes, durante tres o cuatro años, mataron por un medio industrial y en proporciones industriales, a unas pobres víctimas desarmadas mientras que, en el segundo caso, los judíos, desde hace más de medio siglo, difunden una mentira de dimensiones históricas.

En 1976 el catedrático estadounidense Arthur Robert Butz publicaba su libro *The Hoax of the Twentieth Century* ; por mi parte, publicaba en *Le Monde* del 29 de diciembre de 1978 y del 16 de enero de 1979 dos textos sobre « el rumor de Auschwitz » y, a muy principios del mismo año de 1979, Wilhelm Stäglich publicaba *Der Auschwitz Mythos*. Asumiendo el papel de vocero de muchas preocupaciones judías frente al brote de los escritos revisionistas, el sionista W.D. Rubinstein, catedrático de la Universidad Deakin de Melbourne, escribía

⁴⁴ Pierre Vidal-Naquet, « Le secret partagé », *Le Nouvel Observateur*, 21 de septiembre de 1984, p. 80.

entonces :

« Si se demostrara que el Holocausto es una mistificación, el arma N° 1 del arsenal de la propaganda de Israel desaparecería »⁴⁵

Repitiéndose algún tiempo después, declaraba :

« [Es] un hecho que, si se puede demostrar que el Holocausto es un « mito sionista », la más potente de todas las armas del arsenal de la propaganda de Israel se desploma»⁴⁶

Ocho años después, como un eco, un abogado de la LICRA declaraba :

« Si las cámaras de gas existieron, la barbarie nazi no tiene comparación con ninguna otra. Si no existieron, los judíos mintieron y el antisemitismo encontraría en eso justificación. Esto es lo que está en juego en el debate⁴⁷ ».

Según la fórmula de E. Zündel « el holocausto es la espada y el escudo de Israel ».

Lo que está en juego no sólo hace, por tanto, a lo histórico, sino también a lo político. Esa vertiente política es paradójica : el mito del holocausto sirve primero para condenar al nacionalsocialismo alemán, luego a cualquier forma de nacionalismo o de idea nacional excepto el nacionalismo israelí y la idea sionista que este mito, al contrario, refuerza.

Lo que está en juego es igualmente financiero cuando se piensa que, al menos desde los acuerdos relativos a las « reparaciones » firmados en Luxemburgo en 1952, los contribuyentes alemanes han pagado sumas « astronómicas » (el calificativo es de Nahum Goldmann) al conjunto de los judíos del Estado de Israel o de la Diáspora y que, a causa de la Shoah, seguirán pagando por los crímenes que se les imputa al menos hasta el año 2030. El « Shoah-Business », denunciado hasta por un P. Vidal-Naquet, es indisociable de la Shoah.

Hoy, la patraña de la Shoah permite una extorsión a nivel mundial. Para empezar, a una serie creciente de países ricos o pobres, entre los cuales Francia, les reclaman el Congreso judío mundial que preside el multimillonario Edgar Bronfman y riquísimas organizaciones judías norteamericanas montones de oro y de plata en concepto de nuevas « restituciones » o de nuevas « reparaciones ». Los países de Europa, empezando por Suiza, no son los únicos blancos. Por ahora, una mafia, oficial y honradamente establecida, opera en cuatro direcciones principales (saldrán más, sin duda alguna) : el « oro nazi », los haberes judíos, las colecciones de arte judías y las pólizas de seguro suscritas por judíos. Los blancos principales son los gobiernos, los bancos, los museos, las salas de subasta pública y las compañías de seguro. En Estados Unidos, bajo la presión de las organizaciones judías, el estado de New Jersey ya votó medidas de boicoteo contra las instituciones bancarias suizas. Sólo es un principio. El único argumento verdadero invocado por los chantajistas cabe en una palabra: Shoah. Ningún gobierno, ningún banco, ninguna empresa de seguros se atreve a replicar para su defensa que se trata de un mito y que no hay por qué pagar por un crimen que no se cometió. Los suizos, bajo presión de las organizaciones judías, tuvieron en un primer momento la ingenuidad de aprobar una ley que prohibía cualquier cuestionamiento de la shoah ; pero no bien promulgada esa ley, E. Bronfman les pasó la factura. Los suizos ofrecieron entonces sumas considerables. Fue inútil. E. Bronfman, « furioso », hizo saber que necesitaba infinitamente más. « Mi experiencia de los suizos » declaró : « dice que salvo que uno les acerque los pies

⁴⁵ W.D. Rubinstein, Carta a *Nation Review*, 21 de junio de 1979, p. 639.

⁴⁶ W.D. Rubinstein, «The Left, the Right and the jews (Part II) », *Quadrant*, septiembre de 1979, p. 27.

⁴⁷ Lic. Bernard Jouanneau, *La Croix*, 23 de septiembre de 1987, p. 2.

muy cerca del fuego, no lo toman en serio⁴⁸ »

En cuanto al daño moral causado a Alemania en particular y a los no judíos en general con la propagación de la religión del « Holocausto », éste es incalculable. Las organizaciones judías no paran de reiterar sus acusaciones contra una Alemania culpable de un « genocidio » de los judíos y contra Churchill, Roosevelt, de Gaulle, Stalin, el papa Pío XII, el Comité Internacional de la Cruz Roja, los países neutrales y otros países más, culpables, según dicen, de haber dejado que Alemania cometiera aquel « genocidio » y deudores ellos también, por consiguiente, de « reparaciones » financieras.

LAS ORGANIZACIONES JUDÍAS IMPONEN EL CREDO DEL « HOLOCAUSTO »

Mi trabajo, como se verá a continuación, evoca poco la « cuestión judía ».

Si, durante tantos lustros, proseguí con ahínco la investigación histórica sin preocuparme demasiado por la « cuestión judía » como tal, es porque, en mi mente, aquella no tenía sino una importancia secundaria. Existía el riesgo de que me desviara de lo esencial : buscaba yo, primero y ante todo, determinar las partes respectivas de la verdad y del mito en el tema del llamado « Holocausto » o de la llamada Shoah ; me importaba entonces mucho más establecer la materialidad de los hechos que buscar las responsabilidades.

Sin embargo, a pesar mío, dos hechos iban a obligarme a salir de mi reserva : la actitud de muchos judíos respecto de mis trabajos y su intimación lancinante a que me pronunciara acerca de lo que les apasiona a tantos de ellos : la « cuestión judía ».

Cuando, a principios de los años sesenta, abordé lo que Olga Wormser-Migot iba a llamar, en su tesis de 1968, « el problema de las cámaras de gas », supe de inmediato las consecuencias que podría desencadenar semejante empresa. El ejemplo de P. Rassinier me advertía que podía yo temer graves repercusiones. Decidía sin embargo seguir adelante, atenerme a una investigación puramente histórica y publicar el resultado de la misma. Elegía también dejar a un eventual adversario la responsabilidad de salir del ámbito de la controversia universitaria para usar los medios de la coerción y quizá hasta de la violencia física.

Fue precisamente lo que ocurrió. Recurriendo a una comparación, podría yo decir que de alguna manera la frágil puerta de despacho detrás de la que estaba redactando mis escritos revisionistas cedió, un día, de repente, bajo los empujones de una turba vociferante de protestadores. A la fuerza tuve entonces que constatarlo, la totalidad o la casi totalidad de los perturbadores eran hijos e hijas de Israel. « Los judíos » acababan de irrumpir en mi vida. Los descubría de repente no tales como los había conocido hasta entonces, es decir como sujetos que conviene distinguir entre ellos, sino como los elementos, imposibles de disociar, de un grupo particularmente soldado en el odio y, para emplear su propia palabra, en la « cólera ». Frenéticos, con la espuma en la boca, en tono a la vez de gemido y de amenaza, venían a ladrarme en los oídos que mis trabajos los espeluznaban, que mis conclusiones eran falsas y que imperativamente tenía que someterme a su propia interpretación de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Esa interpretación kosher coloca a « los judíos » en el centro de esa guerra como víctimas, a ninguna otra parecidas, de un conflicto que sin embargo ocasionó

⁴⁸ *Globe and Mail* (Canadá), 2 de junio de 1998, p. A1, 15. Edgar Bronfman, presidente del Congreso Judío Mundial, es el magnate del alcohol y de la pornografía. Preside el grupo Seagram y, en Hollywood, posee Universal Studios. Un jurado de políticos estadounidenses le acaba de otorgar el galardón del « *Silver Sewer* » (cloaca de plata) por los *reality shows* del judío norteamericano Jerry Springer, programas que presentan a streepers embarazadas, jóvenes prostitutas peleándose con sus rufianes, sepultureros que copulan con cadáveres, etc. (*Financial Times*, 21-22 de marzo de 1998, p. 2).

probablemente casi cuarenta millones de muertes. Para ellos, su masacre era única en la historia del mundo. Me avisaban que salvo que me sometiera, vería yo arruinada mi carrera. Me llevarían ante los tribunales. A continuación, por la vía mediática, el Gran Sanedrín, integrado por los sacerdotes, los notables y los doctores de la ley judía, lanzó contra mi persona una virulenta campaña de llamamientos al odio y la violencia. No me detendré en la continuación, interminable, de los ultrajes, de las agresiones físicas y de los pleitos.

Los responsables de esas organizaciones me tachan fácilmente de « nazi », lo que no soy. Si de comparar se trata, yo sería más bien, en relación a ellos, un « palestino », tratado como tal y que inclina a creer que respecto de los que no les agradan los judíos se comportan en la Diáspora como se los ve comportarse en Palestina. Mis escritos son, si se quiere, las piedras de mi Intifada. A decir verdad, no hallo diferencia sustancial entre el comportamiento de los jefes sionistas en Tel-Aviv o en Jerusalén y el de los jefes judíos en París o en Nueva York : idéntica dureza, idéntico espíritu de conquista y de dominación, idénticos privilegios, con fondo incesante de chantaje, de presiones acompañadas de lamentos y de gemidos. Ello en lo que hace al espacio. ¿Será diferente en el tiempo ? El pueblo judío ¿habrá sido tan desdichado en los siglos pasados como se complace en decirlo ? ¿Habría sufrido tantas guerras y guerras civiles como las demás comunidades humanas ? ¿Habría conocido tanta desgracia y tanta miseria ? ¿Realmente no tendrá responsabilidad alguna en las reacciones de hostilidad de las que se queja con tanta facilidad ? Al respecto, Bernard Lazare escribe :

« Si esa hostilidad, esa repugnancia incluso, se hubieran ejercido contra los judíos en una sola época y en un solo país, sería fácil desenmarañar las causas restringidas de esas cóleras ; pero ocurre que aquella raza, al contrario, quedó expuesta al odio de todos los pueblos entre los que se estableció. Ha de ser entonces, ya que los enemigos de los judíos pertenecían a las más diversas razas, que vivían en regiones muy alejadas unas de otras, que eran regidos por leyes diferentes, gobernados según principios opuestos, que no tenían ni las mismas costumbres, ni los mismos usos, que los animaban espíritus disímiles que no les permitían juzgar de la misma manera todas las cosas, ha de ser entonces que las causas generales del antisemitismo siempre han residido en el mismo Israel y no en aquellos que lo combatieron ».

Ello no es para afirmar que los perseguidores de los israelitas tuvieron siempre el derecho de su lado, ni que no se dejaron ir a todos los excesos que implican los odios vivos, sino para dejar sentado el principio de que los judíos fueron causa – al menos en parte – de sus males⁴⁹.

B. Lazare, quien no profesa la menor hostilidad hacia sus correligionarios - sino todo lo contrario -, tiene la honestidad de repetir varias veces hasta qué grado los judíos, a todo lo largo de su historia, supieron, desde la Antigüedad, conquistar privilegios : « [Muchos] entre la gente pobre se sentían atraídos por los privilegios otorgados a los judíos⁵⁰. »

Permítaseme aquí una confidencia.

En mis cualidades a la vez de ex latinista, de ciudadano justiciable perseguido ante los tribunales por organizaciones judías, de profesor de la universidad al que manifestaciones judías impidieron impartir sus clases y, por fin, de autor cuyas publicaciones se prohibieron a raíz de decisiones del gran rabinato respaldadas por la República Francesa, ocurre que a veces comparo mis experiencias con las de algunos ilustres antecesores. Así es como pienso en el aristócrata romano Lucius Flaccus. En el año 59 antes de nuestra era, a Cicerón le tocó

⁴⁹ B.Lazare : *L'antisémitisme, son histoire et ses causes*, réédition París, La Vieille Taupe, 1985, primera página del capítulo uno.

⁵⁰ *Id.*, p. 27.

defenderlo en particular contra sus acusadores judíos ; la descripción que da el ilustre orador de la influencia, del poder y de los procederes de los judíos de Roma en el pretorio me hace pensar que, si volviera a nuestro mundo, en el siglo XX, para tomar la defensa de un revisionista, casi no tendría que cambiar una sola palabra al respecto en su alegato del *Pro Flacco*.

Como me tocó enseñar en la Sorbona, también tengo en mente a mi predecesor Henri Labroue, autor de un libro sobre *Voltaire antijuif* (Voltaire antijudío). A finales del año 1942, en plena ocupación alemana, en una época de la que nos quieren hacer creer que los judíos y sus defensores se hacían lo más discretos posible, tuvo que renunciar a impartir sus clases sobre la historia del judaísmo. Citemos a André Kaspi : « Una cátedra de historia del judaísmo ha sido creada en la Sorbona para el próximo ciclo universitario 1942 y encargada a Henri Labroue. Las primeras clases dieron lugar a manifestaciones de hostilidad y a incidentes que tuvieron como consecuencia la suspensión de las clases⁵¹ ».

Pero, hoy, indudablemente, tendrían que responder ante los tribunales, previa demanda de asociaciones judías, decenas de notoriedades de la literatura mundial entre los cuales Shakespeare, Voltaire, Hugo así como Zola (el defensor de Dreyfus también escribió *L'Argent*). Entre los grandes nombres de la política, hasta un Jaurés tendría que sentarse en el banquillo de los acusados.

Tales consideraciones podrían merecerme el epíteto de antisemita o de antijudío. Recuso esos calificativos que considero como insultos fáciles. No le deseo mal alguno a judío alguno. En cambio, me parece detestable el comportamiento de la mayor parte de las asociaciones, organizaciones y grupos de presión que pretenden representar los intereses judíos o la « memoria judía ».

A los responsables de dichas asociaciones, organizaciones o grupos les cuesta obviamente mucho entender que uno pueda actuar por simple honestidad intelectual. Si, por mi parte, dediqué gran parte de mi vida al revisionismo, primero en el ámbito de los estudios literarios, luego en el de la investigación histórica, de ninguna manera fue a raíz de cálculos sórdidos o para ponerme al servicio de un complot antijudío, sino por un movimiento tan natural como el que hace que cante el pájaro, que crezca la hoja y que, en las tinieblas, el hombre aspire a la luz.

RESISTENCIA NATURAL DE LA CIENCIA HISTÓRICA A ESE CREDO.

Al igual que algunos otros revisionistas, habría podido proceder a mi sumisión, hacer acto de arrepentimiento, retractarme ; otra escapatoria : habría podido conformarme con urdir sofisticadas y retorcidas estratagemas. No sólo decidí, desde los años setenta, resistir a cara descubierta y a la luz del día sino que me prometí no entrar en el juego del adversario. Tomé la resolución de no cambiar nada en mi propio comportamiento y de dejar que los históricos se pongan cada día más históricos. Entre los judíos, sólo les haría caso a los que, especialmente valientes, se atrevían a tomar mi defensa aunque fuera durante una temporada.⁵²

Las organizaciones judías en su conjunto tachan de antisemita a cualquiera que no

⁵¹ A. Kaspi, *Les juifs pendant l'occupation*, éd. revisada y actualizada, París, Le Seuil, 1997, p. 109, n° 27.

⁵² A veces escucho decir que el riesgo es mayor para un judío que para un no judío afirmarse como revisionista. Los hechos desmienten tal aseveración. Ningún judío ha sido condenado por los tribunales por revisionismo, ni siquiera Roger-Guy Dommergue (Polacco de Menasce) que, desde hace años, multiplica los escritos más vehementes en contra de lo que él llama las mentiras de sus « congéneres ». Hasta la fecha no se atrevieron a aplicarle ni la ley Pleven (1972) ni la ley Fabius-Gayssot (1990). Sin embargo cabe recordar el caso del joven revisionista estadounidense David Cole que muestra hasta qué grado de violencia pueden recurrir algunas organizaciones judías con tal de callar a judíos que tomaron partido por la causa revisionista.

adopte su propia concepción de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Se las puede entender en la medida en que llegar a decir, como lo estoy haciendo aquí y ahora, que esas organizaciones están, a mi juicio, entre los principales responsables de la divulgación de un gigantesco mito tiene las apariencias de una opinión inspirada por el antisemitismo. Pero, en realidad, no hago más que sacar las conclusiones evidentes de una investigación histórica que, cabe pensar, ha de ser de las más serias ya que ningún tribunal, a pesar de las pesquisas febriles de la acusación, pudo detectar en ella la menor huella de ligereza, de negligencia, de ignorancia deliberada o de mentira.

Además, no veo por qué habría de manifestar, por mi parte, respeto hacia grupos de personas que no manifestaron el menor respeto hacia mis investigaciones, mis publicaciones, mi vida personal, familiar o profesional. No ataco ni critico a aquellos grupos por sus convicciones religiosas o su apego al Estado de Israel. Todos los grupos humanos se alimentan con fantasmagorías. Cada uno de ellos, por tanto, queda libre de hacerse de su historia una representación más o menos real, más o menos imaginaria. Pero esa representación, no se la ha de imponer a los demás. Ahora bien, las organizaciones judías nos imponen la suya, lo que, en sí, es inaceptable y lo es todavía más cuando esa representación es con toda evidencia errónea. Y no conozco en Francia a ningún grupo que, a partir de un artículo de fe de su religión (la de la Shoah) haya logrado hacer un artículo de la ley republicana; que goce del privilegio exorbitante de poseer milicias armadas con el consentimiento del Ministerio del Interior; y que, por último, pueda decretar que los universitarios que no les gusten ya no tendrán el derecho de enseñar ni en Francia, ni en el extranjero (véase, en particular, el caso Bernard Notin).

POR UN REVISIONISMO SIN COMPLEJOS.

Los revisionistas no tienen de hecho ni mentor ni discípulo. Constituyen una tropa heteróclita. Son reacios a organizarse, lo que ofrece tantos inconvenientes como ventajas. Su individualismo los incapacita para la acción concertada; en cambio, los servicios de policía resultan impotentes para infiltrar y vigilar un conjunto tan heterogéneo; no pueden remontar ninguna pista porque precisamente no existe ninguna red revisionista. Estos individuos se sienten libres de improvisar, cada quien según sus aptitudes o sus gustos, una actividad revisionista que tomará las formas más diversas. De ello sufre la calidad de los trabajos emprendidos y hay que reconocer que el resultado es desigual. En ese aspecto, se puede decir que queda todavía mucho por hacer. El simple profano se codea con el erudito, y el hombre de acción con el investigador de archivos. No daré aquí ningún nombre ante el temor de catalogar a cada uno de esos sujetos.⁵³

Acerca de la manera de llevar el combate revisionista, es obvio que los revisionistas se dividen entre partidarios y adversarios de una especie de realismo político. La mayoría opina que, frente al poder del tabú, más vale tomar por vías oblicuas y no oponerse de frente a los partidarios de la ortodoxia. Para aquellos revisionistas, es torpe e imprudente afirmar, por ejemplo que el « Holocausto » es un mito; más vale, según ellos, insinuar que el « Holocausto » sí existió pero no en las proporciones comúnmente admitidas. Aficionados a estrategia o a tácticas, aquellos revisionistas buscarán respetar las susceptibilidades judías y

⁵³ Un investigador independiente, sin que por eso se considere como tal, puede contribuir al revisionismo de manera indirecta por la simple calidad de su trabajo. Señalaré aquí un nombre, el de Jean Plantin, responsable de una publicación cuyo título, de por sí, indica el carácter erudito: *Akribeia* – ése es el título de aquella publicación semestral - significa « exactitud », « cuidado minucioso » y dio en francés la palabra « acribie » (calidad del erudito que trabaja con cuidado extremo). *AKRIBEIA*, 45/3, route de Vourles, 69230 Saint-Genis Laval.

sugerirán, equivocadamente, que la parte legendaria del « Holocausto » corre sobre todo por cuenta de los comunistas o de los Aliados pero no de los judíos, o tan poco. ¿Acaso no presenciamos el espectáculo de aprendices de revisionistas que incurren en la falaz amalgama que consiste en presentar a los judíos como víctimas, de la misma manera que los demás, de una especie de creencia universal errónea ? Los judíos se habrían visto imponer, de algún modo por una fuerza inmanente, la obligación de creer en el genocidio y en las cámaras de gas, al propio tiempo, seguramente, que esa misma fuerza los llevaría a pedir cada vez más dinero en concepto de reparaciones por sufrimientos ficticios⁵⁴. Llegue acaso un judío errante a pasarse al bando revisionista, lo festejarán como al más puro genio del revisionismo. Retome acaso por su cuenta, y de forma torpe, los descubrimientos de sus antecesores no judíos sobre Auschwitz, saludarán en ese recién llegado a una lumbrera del pensamiento científico.

Admito algunas formas de ese realismo político siempre y cuando no venga acompañado de arrogancia. No hay superioridad alguna, ni intelectual ni moral, en el hecho de pensar que el fin justifica los medios y que hay que tomar del adversario, a veces, las armas del disimulo y de la mentira. Pero, personalmente, van mis preferencias a un revisionismo sin complejos y sin demasiadas compromisiones. Se da la cara. Se va directo al grano. Solo, si es necesario. No se toman guantes con el adversario. De hecho, una muy larga experiencia del combate revisionista me induce a pensar que la mejor estrategia, la mejor táctica puede consistir en una sucesión de ataques frontales ; el adversario no se lo esperaba ; se imaginaba que jamás alguien fuera tan atrevido como para retarlo así ; descubre que ya no da miedo ; eso lo desconcierta.

UN CONFLICTO SIN FIN

Los revisionistas cien veces les ofrecieron a sus adversarios un debate público sobre el genocidio, las cámaras de gas y los seis millones. Las organizaciones judías siempre escurrieron el bulto frente a esa propuesta. Está comprobado ahora que no la aceptarán. Por lo menos la Iglesia Católica admite hoy una forma de diálogo con los ateos pero la Sinagoga, por su parte, no olvidará la afrenta que se le hizo⁵⁵ y nunca se resignará a aceptar el riesgo de semejante diálogo con los revisionistas. Además, demasiados intereses políticos, financieros y morales están en juego para que, por su parte, los responsables del Estado de Israel o de la Diáspora acepten entablar tal debate acerca de la versión kosher de la Segunda Guerra Mundial.

El enfrentamiento por tanto continuará. No le veo fin. El conflicto que presenciamos entre « exterminacionismo » y « revisionismo », es decir entre, por una parte, una historia oficial, inmóvil, sagrada y por otra parte, una historia crítica, científica, profana, se inscribe en la lucha sin fin en la que se enfrentan en las sociedades humanas, desde hace miles de años, la fe y la razón o la creencia y la ciencia. La fe en el « Holocausto » o Shoah es parte íntegra de una religión, la religión hebraica cuyas fantasmagorías del « Holocausto » sólo son, si se mira de cerca, una emanación. Nunca se dio el caso de una religión que se deplomara bajo los golpes de la razón. No ha llegado el día en que desaparecerá la religión judía con uno de sus componentes más vivaces. Según las interpretaciones vigentes, esa religión tiene mil quinientos o tres, sino es que cuatro mil años de antigüedad. No se ve muy bien por qué los hombres del año 2000 gozarían del privilegio de presenciar en directo el naufragio de una

⁵⁴ Véase el análisis pertinente de Guillermo Coletti « The Taming of Holocaust Revisionism » [Domesticar el revisionismo del Holocausto], 13 de noviembre de 1998, Anti-Censorship News Agency.

⁵⁵ « *El olvido no es nuestra virtud mayor* » (el presidente del Consistorio de Toulouse, según *Le Figaro*, 9 de octubre de 1997, p. 10).

religión que tiene su origen en tiempos tan remotos.

Se oye decir a veces que el mito del « Holocausto » o de la Shoah podría un día desaparecer de la misma manera que se derrumbó no hace mucho el comunismo estaliniano o que se derrumbarán un día de estos el mito sionista y el Estado de Israel. Esto es comparar lo que no es comparable. Comunismo y sionismo se fundamentan en bases frágiles ; ambos presuponen en el hombre altas aspiraciones que con mucho son ilusorias : actitud desinteresada generalizada, la repartición en partes iguales entre todos, el sentido del propio sacrificio, el trabajo para el beneficio de todos ; los emblemas son, en un caso, la hoz, el martillo y el koljoz y, en el otro caso, la espada, el arado y el kibutz. La religión judía, por su parte, bajo las apariencias sofisticadas de la masora o de las discusiones casuísticas no se pierde en esas fantasías ; apunta hacia abajo para apuntar al blanco ; apuesta por la realidad ; so color de extravagancias talmúdicas y prestidigitaciones intelectuales o verbales, es de notar que sobre todo se relaciona con el dinero, el rey dólar, el Becerro de Oro y los encantos de la sociedad de consumo. ¿Quién puede creer que esos valores perderán algún día próximo su poder? Y por otra parte, ¿cómo podría la desaparición del Estado de Israel acarrear consecuencias nefastas para el mito del « Holocausto »? Al contrario, millones de judíos, forzados a acudir o a volver a acudir a los países ricos de Occidente, no dudarían en gritar al « Segundo Holocausto » y, de nuevo y con más fuerza aún, culparían al mundo entero por ese nuevo tormento impuesto al pueblo judío, al que entonces habría que « indemnizar ».

Por último, la religión judía - demasiado se ve con los relatos del « Holocausto » - hunde sus raíces en lo que quizá lleve dentro de manera más profunda el ser humano : el miedo. En esto reside su fuerza. En esto reside su probabilidad de una supervivencia pese a todas las incertidumbres y pese a los golpes asestados a sus mitos por el revisionismo histórico. Con manipular el miedo, los religionarios judíos salen ganando indefectiblemente.

Me adhiero al dictamen del sociólogo e historiador Serge Thion⁵⁶ según quien « el revisionismo histórico, que ganó todas las batallas intelectuales desde hace veinticinco años, pierde cada día la guerra ideológica. El revisionismo se enfrenta a lo irracional, a un pensamiento casi religioso, a la negativa de tomar en cuenta lo que procede de un polo no judío ; estamos ante algo así como una teología laica de la que Elie Wiesel es el máximo sacerdote internacional, consagrado por la entrega de un premio Nobel ».

EL PORVENIR ENTRE REPRESIÓN E INTERNET

Los recién llegados al revisionismo no deberán engañarse. Su tarea será ardua. ¿Lo será acaso menos que para Paul Rassinier y sus sucesores más directos? ¿Será la represión menos feroz?

Personalmente, lo dudo. Sin embargo, en el mundo, el cambio de los equilibrios políticos y de las técnicas de comunicación quizá ofrezca a las minorías la oportunidad de hacerse oír mejor que en un pasado reciente. Gracias a Internet, quizás para los revisionistas sea más fácil obviar la censura y las fuentes de información histórica se vuelvan más accesibles.

Lo cierto es que en este fin de siglo y de milenio le toca al hombre vivir la extraña experiencia de un mundo en el que libros, periódicos, radio y canales televisivos, más que nunca, están bajo el control estrecho del poder del dinero o de la policía del pensamiento mientras que, en paralelo, se desarrollan, a velocidad acelerada, nuevos medios de

⁵⁶ S. Thion es, en particular, el autor de un libro revisionista que lleva el título evocador de *Une Allumette sur la banquise* (Un fósforo sobre la banquisa). Una obra revisionista, aún cuando su contenido parece dinamita, quizás no brinde, al fin y al cabo, más luz y calor que un fósforo « en la noche polar, sobre la banquisa de las ideas congeladas » (p. 90).

comunicación que escapan, en parte, a todo control. Parece un mundo de dos caras : una se petrifica y envejece, la otra ostenta la insolencia de la juventud y mira hacia el futuro. El mismo contraste se observa en la investigación histórica, por lo menos aquella que es objeto de vigilancia por parte de la policía del pensamiento : por un lado, los historiadores oficiales, quienes multiplican los trabajos sobre el « Holocausto » o la Shoah, se encierran dentro del ámbito de la creencia religiosa o del raciocinio en círculo cerrado, mientras que, por otro lado, unas mentes independientes se empeñan en observar solamente los preceptos de la razón y de la ciencia ; gracias a éstos últimos, la libre investigación histórica demuestra, en particular por medio de Internet, una vitalidad impresionante.

Los partidarios de una historia oficial protegida y garantizada por la ley quedarán condenados, por siempre, a enfrentarse con los que cuestionan una verdad preestablecida e impuesta. Los unos tienen, con la edad, el poder y el dinero ; los otros, un verdadero futuro.

UNA REPRESIÓN QUE SE AGRAVA

Si existe un punto en el que la presente obra puede brindar tanta información a los revisionistas como a los antirrevisionistas, es el de la represión que sufren los primeros a raíz de los segundos.

Cada revisionista puede comprobar en carne propia cuánto le cuesta expresarse acerca de un tema tabú pero no siempre tiene conciencia de lo que sufren al mismo tiempo sus semejantes en otros países que no sean el propio. Los antirrevisionistas, por su parte, minimizan de forma sistemática la magnitud de sus acciones represivas ; sólo piensan en sus propios tormentos, comparables a los de Torquemada y de los Grandes Inquisidores ; su obligación es golpear, golpear siempre ; se les cansa el brazo, les llegan los calambres, sufren, gimen ; les parece que, si hay hombres dignos de compasión, éstos son los verdugos ; se tapan los ojos y los oídos para evitar ver y oír a todas sus víctimas. A veces, hasta se asombran, quizá de buena fe, cuando les presentan la lista de los revisionistas que lograron quebrantar en su vida personal, familiar o profesional, arruinar, agobiar bajo el peso de multas o de penas de encarcelamiento, malherir, vitriolar, matar, empujar al suicidio, mientras que a la inversa no se podría mencionar un solo caso de un revisionista que hubiera tocado aunque fuera un solo cabello de uno de sus adversarios.

Cabe aclarar que la prensa se esmera en disimular lo más que puede algunos efectos de esa represión generalizada. En Francia, el diario *Le Monde* se ha hecho en ese rubro, como se verá a continuación, especialista en observar el silencio acerca de algunas abominaciones que, si hubieran afectado a unos judíos antirrevisionistas por el estilo de Vidal-Naquet, habrían suscitado, sobre toda la faz de la tierra, desfiles de protestas y manifestaciones de todo tipo.

Lo mejor que se puede esperar por parte de los apóstoles de la Shoah será, a lo sumo, una advertencia contra los excesos de antirrevisionismo que podrían perjudicar la buena fama de los judíos y la causa sagrada de la Shoah.

En el océano de las ultimísimas medidas de represión adoptadas contra los revisionistas, notaremos, para Francia, la revocación de la Education Nationale de Michel Adam, que impartía historia y geografía en un colegio de Bretaña ; a los cincuenta y siete años, con cinco hijos a cargo, se queda sin el menor ingreso y hasta, por ahora, sin el ingreso mínimo de inserción (RMI). En cuanto a Vincent Reynouard, también revocado de la Education Nationale, lo acaba de condenar el tribunal de Saint-Nazaire, este 10 de noviembre, a tres meses de prisión y diez mil francos de multa por haber difundido el *Informe Rudolf* ; con veintinueve años de edad, casado, padre de tres hijos de corta edad, se encuentra, con su esposa, sin los menores recursos económicos. Todavía en Francia, el pastor Roger Parmentier queda excluido del Partido Socialista por haber brindado su apoyo ante un tribunal a Roger

Garaudy, al tiempo que a Jean-Marie Le Pen, por su parte, se le somete a juicio, en Francia así como en Alemania, a raíz de una declaración anodina acerca del « detalle » de las cámaras de gas.

En Barcelona, el 16 de noviembre (de 1998) a raíz de una demanda del centro Simón Wiesenthal, de SOS-Racismo-España, de las dos comunidades israelitas de la ciudad y del Movimiento Judío Liberal Español, el librero Pedro Varela fue condenado a cinco años de encarcelamiento por « negación del Holocausto » e « incitación al odio racial » a través de escritos. También lo condenaron a una multa de treinta mil francos y a carísimos gastos de justicia. Los 20.972 libros y los cientos de casetes que conforman el fondo de su librería serán destruidos... por el fuego. Su librería había sido el blanco de atentados y de incendios ; en varias ocasiones, su empleada, o él mismo habían sido agredidos. El Centro Simón Wiesenthal intentaría ahora conseguir la anulación del título de doctor en historia obtenido por Pedro Varela hace más de diez años⁵⁷.

En Alemania, se incautan y se queman cada vez más textos revisionistas. Gary Lauck (ciudadano estadounidense extraditado por Dinamarca hacia Alemania), Günter Deckert y Udo Walendy siguen vegetando en la cárcel y pueden darse por contentos si no les prolongan el encarcelamiento bajo el menor pretexto. Erhard Kemper, de Münster, después de un año de cárcel y bajo la amenaza de nuevas y severas condenas que lo mantendrían en la cárcel probablemente hasta el fin de su vida, tuvo que refugiarse en la clandestinidad. Otros alemanes o austriacos viven en el exilio.

En Canadá, el vía crucis de Ernst Zündel y de sus amigos continúa ante uno de esos tribunales *ad hoc*, llamados « comisiones de los Derechos Humanos » en los que se pisotean, y con qué gusto, los derechos normales de la defensa ; por ejemplo, está prohibido argumentar que lo dicho corresponde a una verdad comprobable ; a esas comisiones no les interesa la verdad ; ¡lo único que les interesa es saber si lo que está escrito les da pena o no a algunos ! Otras comisiones especiales dependientes de la Intelligence Service de Canadá, toman, en el caso de los revisionistas, sus decisiones a puerta cerrada a partir de un expediente que no se comunica al acusado. En 1999, Ottawa adoptará una ley antirrevisionista que autoriza a la policía a incautar en el domicilio cualquier libro o material que *podría*, según el propio criterio de la policía, propagar el revisionismo ; la misma ley estipulará que los tribunales adaptarán su modo de proceder a los de las comisiones *ad hoc* y ya no le permitirán al acusado defenderse invocando la veracidad de lo escribe.⁵⁸

En todas partes del mundo, las organizaciones judías multiplican las iniciativas con el objetivo de lograr la adopción de una ley antirrevisionista específica. Recientemente, durante una conferencia reunida en Salónica, la Asociación Internacional de los Abogados y Juristas judíos pidió la instauración en Grecia de semejante ley y dio a conocer que provocará conferencias del mismo tipo en más de otros veinte países⁵⁹.

EL DEBER DE RESISTIR

Cualesquiera que puedan ser las tormentas y las vicisitudes presentes o por venir, el historiador revisionista debe mantener el rumbo. Al culto de una memoria tribal fundamentada en el miedo, la venganza y el lucro, preferirá la búsqueda obstinada de la exactitud. De esta forma, sin que lo haya querido siquiera, les hará justicia a los

⁵⁷ Véase « Un librero español condenado por « apología del genocidio », *Le Monde*, 19 de noviembre de 1998, p. 3 ; Emanuel Ratier, *Faits et Documents*, 1 de diciembre de 1998, p. 12.

⁵⁸ Véase « Crackdown on hate materials planned », *National Post*, 25 de noviembre de 1998.

⁵⁹ Véase *Athens News*, 28 de junio de 1998, p. 1.

verdaderos sufrimientos de *todas* las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Y, desde este punto de vista, será él quien evitará toda discriminación de raza, de religión o de comunidad. Por encima de todo, rechazará la impostura suprema que remató ese conflicto : la del Proceso de Nuremberg, del Proceso de Tokyo y de mil procesos más de la posguerra en los cuales, todavía hoy día, el vencedor, sin tener que rendir la menor cuenta de su propios crímenes, se otorga el derecho de perseguir y de condenar al vencido.

Al contrario de la visión romántica de Chateaubriand, el historiador no es en absoluto « el encargado de la venganza de los pueblos » y, mucho menos de la venganza de un pueblo que se presenta como elegido de Dios.

Cualquiera que sea el tema, el historiador en general y el historiador revisionista en particular no tienen otra misión que la de comprobar si lo que se dice es exacto. Se trata de una misión elemental, evidente, pero - la experiencia lo enseña - peligrosa.

3 de diciembre de 1998

AAARGH

1996

<http://vho.org/aaargh>

<http://aaargh.com.mx>

PÉRIÓDICOS DEL AAARGH

<http://revurevi.net>

Conseils de révision

Gazette du Golfe et des banlieues

The Revisionist Clarion

Il resto del ciclo

El Paso del Ebro

Das kausale Nexusblatt

Orevisiónismo em lingua português

Arménichantage

LIBROS (400) DEL AAARGH

<http://vho.org/aaargh/fran/livres/livres.html>

<http://aaargh.com.mx/fran/livres/livres.html>

MAIL: aaarghinternational@hotmail.com